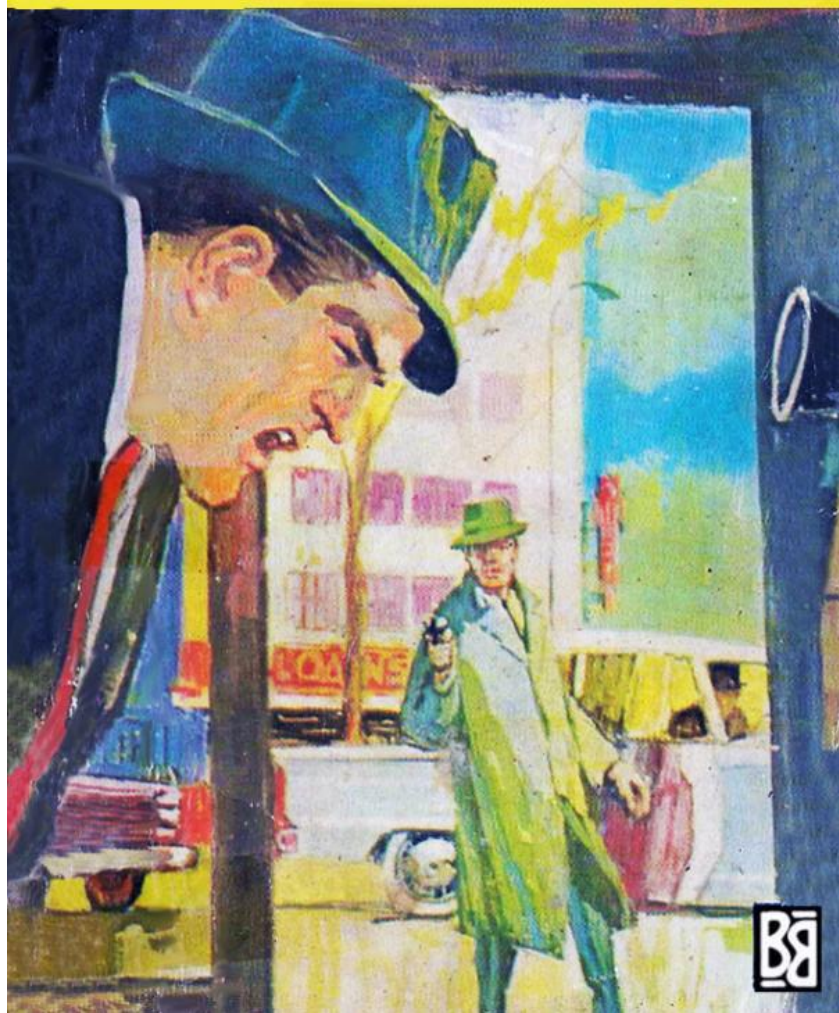


PUNTO
ROJO

tres días en blanco

alar benet



TRES DIAS EN BLANCO



ALAR BENET

TRES DIAS EN BLANCO

Colección
PUNTO ROJO n.º 146
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA



Depósito Legal B 1252 - 1965

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: febrero 1965

© ALAR BENET - 1965

sobre el texto literario

© DESILO - 1965

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 68/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

876. — No soy un *gun-man*.

En Colección COLORADO:

371. — Un hombre de hierro.

En Colección BRAVO OESTE:

190. — Caravana maldita.

En Colección CALIFORNIA:

427. — Tres letras de plata.

En Colección SALVAJE TEXAS:

334. — El hijo del enemigo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

745. — Infierno en el barrio chino.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

44. — Trampa para un traidor.

En Colección BUFALO:

583. — Viaje sin retorno.

En Colección METRALLA:

59. — Cinco días en el terror.

CAPITULO PRIMERO

Lou Witman cerró el libro de contabilidad. Su expresión era de cansancio.

De asco también.

Reconstruir la marcha de un negocio en quiebra partiendo de cinco años atrás, a veces sin los datos necesarios, resultaba arduo.

Cuando aceptó el encargo de su jefe, el viejo Reginald Overton, no suponía que aquello pudiera ser tan largo. La idea de trabajar solo, sin horas fijas, en el antiguo departamento comercial de la firma que investigaba, le pareció admirable. Así dedicaría más tiempo a sus estudios, sin sujetarse al rígido horario del Banco, sin tener que soportar a los apoderados, perdiendo de vista a su jefe inmediato, el envidioso Percy Herbert.

Tres meses de absoluta independencia laboral le habían enflaquecido. De sus ojos se borró la vivacidad al enmarcarse en surcos morados, profundos, reveladores de noches en vela, de absoluta falta de descanso.

Tenía la certeza de que el negocio de importación y exportación de Overton fue desde el principio un fraude. Sin embargo, no terminaba de encontrar las pruebas.

Y él sabía que esas pruebas estaban allí, entre los números, en los archivadores de facturas, justificantes de caja, nóminas y documentos bancarios.

Se había equivocado. Le gustaba la contabilidad y era un experto en ella. La quiebra estaba resultando un reto a su competencia.

Y un mal asunto para él. Nunca estudió menos que entonces, cuando mejor podía hacerlo. Lejos de invertir siete horas en su labor, robando, incluso, alguna, permanecía hasta muy entrada la noche sobre los libros contables.

Los otros libros, los del último curso de Medicina, estaban abandonados sobre una de las mesas. Apenas si les daba un vistazo.

Lou miró el reloj de pared. Marcaba las once y media de la noche. Y se alegró de la decisión lomada horas antes.

Hablaría con Reginald Overton para pedirle un auxiliar explicándole al mismo tiempo las dificultades con que tropezaba. Así consumiría su jornada laboral íntegra en la investigación de la quiebra, pero ni un minuto más dedicando el resto de su tiempo a prepararse para los próximos exámenes.

Una vez que terminara la carrera...

Encendió un cigarrillo mientras su imaginación volaba. En el Oriente Medio hacían falta médicos. Las ofertas eran interesantes. En aquellos hospitales adquiriría la experiencia clínica necesaria olvidándose para siempre de la disciplina bancaria y, sobre todo, de Percy Herbert.

¿Por qué le odiaba aquel apoderado? No tenía motivos. Ocupaba un puesto superior al suyo. El procuró comportarse afectuosamente con él.

Alejó tal recuerdo.

Puso el pitillo en un gran cenicero metálico para, incorporándose, tomar uno de los voluminosos libros de texto, que abrió. Al leer las primeras líneas, destinadas a describir las enfermedades circulatorias supo que también estaba harto de aquello.

Era un prisionero de su ambición. Y estaba quemando en vano los mejores años de su vida.

¿En vano?

Witman agitó la cabeza en un movimiento que le era habitual cuando se sentía perplejo.

Se había criado en un rancho de Ohío, con unos familiares lejanos. Vestir, comer y dormir a cambio de doce o más horas de interminable trabajo en la hacienda. Ni malo ni buen trato. Era uno más con la salvedad de que todos cobraban un sueldo y él no.

Se escapó a los catorce años para, ya en Nueva York, encontrar empleo de botones en unas oficinas donde a los subalternos se les obligaba a realizar estudios nocturnos. Así hizo la primera enseñanza, especializándose después en contabilidad.

Pero eso no le bastaba. No quería envejecer detrás de un pupitre, rodeado de libros llenos de guarismos en los que se demostraba que otros hombres, muchos, disponían de todo lo que hace maravillosa la vida, mientras él esperaba a recibir la paga mensual, ya distribuida previamente y de la que apenas si le

sobraba un puñado de dólares.

Envidió a Ralp, el hijo único de Overton, siempre con un coche distinto. Y con una rubia distinta también.

Se dijo que ni el odio, ni el resentimiento podían darle lo que ambicionaba. Nadie era culpable de que sus padres murieran, cuando él tenía seis años, en un accidente de automóvil.

Para escalar puestos, para ser importante, es preciso sacrificar mucho.

Y Lou Witman lo hizo.

Quitándose horas de sueño, invirtiendo su dinero en libros y en matrículas.

Sería médico. Una carrera liberal que exigía movilidad, intuición. Una carrera siempre necesaria, ajena a todo cuanto le rodeara hasta entonces.

¿Para qué?

Se frotó los ojos. Estaba fatigado.

Mecánicamente, cerró el texto tomando uno de los archivadores más inmediatos. Había allí unas operaciones bancarias que no encontraba forma de aplicar ni de comprender. Quizá la clave.

Sí. La quiebra era un reto a su amor propio de luchador, de hombre al que la vida mostró siempre la faz dura.

Volvió a abstraerse en su trabajo sin advertir que la puerta de la oficina se abría para dar paso a un hombre de aspecto distinguido, de unos sesenta años, quién se quedó mirando a Lou en silencio durante varios minutos. Al fin, dijo:

—Hola, señor Witman. Pasaba por la calle, vi luz y entré. Creo que su jornada terminó a las cinco de la tarde, si no me equivoco.

El joven, respetuoso, se puso en pie. El viejo Overton era muy ceremonioso en el trato con sus empleados, sin apearles el tratamiento de «señor».

—Sí. Estoy algo confuso. He reconstruido casi por completo la contabilidad, pero hay algo que se me escapa.

—¿Cuál es su opinión?

Lou dudó unos segundos.

—Este negocio fue un fraude desde sus comienzos. Tengo la certeza absoluta aunque todavía no he encontrado las pruebas necesarias. Las hallaré tarde o temprano.

Reginald Overton, alto y enjuto, con una delgadez que

acentuaba aún más su traje oscuro y su sombrero del mismo tono, se acarició la mandíbula con la mano derecha, comentando:

—Un fraude que me costó un millón doscientos mil dólares, señor Witman. Quiero que sepa que estimo la labor que realiza aquí. Alguien me ha informado que empieza su jornada a las ocho de la mañana y que en ocasiones se queda hasta altas horas de la noche. Sin embargo, no se le abona ni una sola hora extraordinaria.

Witman sonrió. Le agradaba que el viejo Overton valorase su trabajo.

—Nadie me pidió que las hiciera.

—No. Es cierto. Acepte este sobre. No es en pago a su lealtad sino un acto de justicia. Me consta que no le sobra el dinero. Vamos. No sea orgulloso.

Lou tomó lo que le entregaban, guardándoselo en el bolsillo lateral de la americana.

—Gracias, señor Overton. ¿Quiere que le muestre algunas de las anormalidades y...?

—No. Ahora no. Tengo prisa. Cuando termine hágame un informe y acompáñeme esas pruebas que aún no ha hallado.

—Procuraré que sea pronto. ¿Qué es lo que no se atreve a decirme, señor?

Witman había notado una leve vacilación en el rostro de su jefe al ir a retirarse. Reginald, con una amplia sonrisa, contestó:

—Es usted muy inteligente, señor Witman. Uno de sus profesores, el de quirúrgica, es amigo mío. Estuvo hace unos días en casa y me dijo que su último examen no fue brillante, que le notaba agotado. Me pidió que me interesara por usted haciéndome grandes elogios de su capacidad. Entonces fue cuando hice averiguaciones. ¿Comprende?

—Sí.

—Vine a decirle que la quiebra ya se produjo. Lo que resta es simplemente averiguar las causas.

—Y castigar a los culpables, si hubo estafa. ¿No es así?

Reginald Overton parpadeó con fuerza. Su voz carecía de firmeza al responder:

—Sí, desde luego. No es asunto mío exclusivamente sino del Consejo de Administración. ¡Váyase a dormir, señor Witman, y a partir de hoy dedique más tiempo a sus estudios! ¡Es una orden!

No había brusquedad ni despotismo en las palabras de Reginald. Lou, comprendiéndolo así, sonrió:

—Gracias, señor Overton. Seguiré su consejo. Espero terminar antes de una semana.

Acompañó a su jefe hasta la puerta. No llegó a sentarse. Un hombre, con el uniforme de vigilante nocturno, en ese momento. Portaba un termo.

—Hola, Lou. Ya he visto a Overton. Me llamó esta tarde a su despacho para preguntarme cosas tuyas. Le dije la verdad.

Witman miró a su interlocutor, de unos treinta y cinco años y rostro ancho. No ignoraba que fue antiguo boxeador profesional. Entre los dos había nacido un sincero afecto.

—Supongo que te excederías un poco, ¿no?

—No era necesario. ¿Qué tal se portó?

—Supongo que bien. Me ha entregado una gratificación. Aún no he abierto el sobre. Veamos.

Lou se quedó atónito al ver cincuenta billetes de cien dólares cada uno.

—¡Es demasiado! —exclamó.

—No para él. Le sobran los millones.

—Mañana iré a devolvérselos. Hubiese aceptado hasta quinientos, pero esto es una fortuna.

—La necesaria para terminar tu carrera. De Overton se cuentan cosas así. Yo que tú no me preocuparía.

—¡No lo acepto! No quiero deber nada a nadie. Hasta ahora me he valido con mi propio esfuerzo.

John Saxon, el vigilante nocturno, dejando el termo sobre la mesa se encogió de hombros.

—¡Allá tú! ¡Ahí tienes el café! Creo que ese orgullo no te beneficiará en la vida y... No me mires así. Ya me marchó. Sé que me meto donde no me importa.

Aún con el dinero en sus manos, Witman tomó asiento. Al sonar el teléfono, ya Saxon fuera del despacho, se guardó los billetes tomando el auricular.

—¿Quién es?

Una voz poco grata contestó al otro lado del hilo.

—Percy Herbert. ¿Está allí todavía el señor Overton?

—Acaba de marcharse. Supongo que irá a su casa. ¿Quiere algo

de mí?

—Felicitarle. Montó bien el tinglado para presumir de hombre capaz y fiel.

Lou crispó los dedos en el auricular.

—¡No le tolero...!

Sonó un «klik» al otro lado del hilo. Herbert había cortado la comunicación.

Sombrío el rostro, Lou se sirvió un vaso de café, bebiéndolo a pequeños sorbos. ¡Le hubiese gustado tener a su alcance a Percy para machacarle la cara!

Se puso en pie con violencia, paseando agitadamente por el amplio despacho. El que Reginald Overton se interesara por él iba a traerle no pocas complicaciones en la oficina.

¿Por qué no abandonarlo todo? La idea, que llevaba meses rondándole, tornó a asaltarle con mayor violencia. Volvió a desecharla por considerarla un verdadero disparate.

—Será mejor que me acueste —dijo en alta voz—. No seré capaz de hacer nada a derechas esta noche. Tal vez cuando descanse vea las cosas de distinta forma.

Se ajustó el nudo de la corbata y, apagando la luz salió a una amplia oficina abandonada que, a través de un vestíbulo, enlazaba con el exterior.

El ascensor le condujo a la planta baja. John Saxon, el sereno de noche, no se hallaba allí y hubo de abrir el portal utilizando el llavín que Reginald Overton le entregara.

Ya en la avenida Madison donde, esquina a 110 Street, se alzaba el rascacielos, aspiró el fresco aire de la noche.

Tuvo entonces conciencia de su enorme cansancio al sentir un leve mareo.

Buscaba un taxi para trasladarse a su domicilio, en el Bronx, cuando una voz juvenil le hizo mirar hacia un vehículo deportivo de color rojo por el que asomaba una cara conocida.

—¡Lou! ¡Lou, aquí! ¿Quieres tomar una copa con nosotros?

Witman se mordió los labios. No le gustaba que Ralph Overton le tuteara. No le gustaba que le tutease nadie que se considerase superior a él, con derecho a hacerlo.

Se acercó despacio y pudo ver en el asiento contiguo al que ocupaba el hijo de Reginald a una muchacha morena, muy hermosa

pero sin ese matiz provocativo propio de todas las que hasta entonces acompañaron a Ralp.

—Hola —saludó secamente—. Me iba ya para casa. Estuve trabajando hasta ahora y...

—Te llevaré. Sube. Hay sitio para los tres. ¡Ah! Es Clara Mortimer. Este es Lou Witman, al que siempre me pone mi padre como modelo, como ejemplo. Serio, estudioso, trabajador...

Había un matiz irónico en las palabras de Overton que no pasó inadvertido para Lou.

—No se moleste. No quiero ser inoportuno.

—Tutéame. ¡Ahora no estás en la oficina! ¿No irás a resultar un tímido? ¿Qué pensaría Clara de ti?

Ralp se había apartado para que Wítman se sentara entre él y la muchacha que, en silencio, miraba a Lou con extraña expresión.

—Mucho gusto en conocerle.

—Gracias.

Le desconcertaba aquel encuentro. En algunas ocasiones, Ralp Overton se acercó a él en la oficina para hablarle, siempre sin descender de su trono de superioridad. Incluso en una ocasión le dictó cartas. Reginald había nombrado a su hijo consejero del Banco aunque apenas si iba por allí.

El ruido sordo del motor hizo comprender a Witman que el vehículo ya estaba en marcha.

Pese a que se hallaba irritado, se esforzó en dominarse, consiguiéndolo. Sólo entonces notó la tibia proximidad del femenino cuerpo y el aroma de un perfume suave que parecía acariciarle los sentidos.

—Estoy agotado —dijo— y quisiera descansar. Llevo trabajando desde las ocho de la mañana.

—Razón de más para que nos acompañes. Un trago te sentará bien. Eres dueño de decir que no, desde luego. Es lo único que no puedo ordenarte.

Lou se envaró.

—¿Lo único? ¡Hay muchas cosas más!

—¿Por ejemplo?

El gesto de burla del rostro cínico de Ralp enfureció íntimamente a Witman.

Despreciaba a aquel hombre, uno de los muchos parásitos que

vivían a costa de la debilidad de sus padres. Exclamó, bronca la voz:

—¡Pare, señor Overton! ¡No me gusta su compañía ni hay nada capaz de obligarme a aceptarla! Lo siento, señorita. Con usted no va nada.

—No se ocupe por mí, Lou.

—Gracias otra vez. No sé lo que Ralp pretende pero nadie se divierte a mi costa. ¿Para o no?

—En seguida. Te dejaré, al menos, cerca de tu casa. ¿Sabes que me he alistado en el ejército? Voy a Europa. Clara es la hija del coronel Mortimer, el jefe de mi regimiento. En una ocasión me dijiste que pensabas presentarte voluntario.

—Ese es asunto mío y a nadie le importa, señor Overton. ¡Detenga el coche de una maldita vez!

—Se prepara algo gordo y no quiero perdérmele. ¿Por qué no me acompañas? Podrías limpiarme los zapatos y tenerme listo el uniforme. Es para lo que sirves.

Witman, pálido como un cadáver, pisó a fondo el freno de pedal. El vehículo chirrió mientras giraba violentamente, a punto de volcar. Ralp, con la pericia de un buen conductor, pudo hacerse con el coche cuando ya saltaba el encintado.

—¿Te has vuelto loco, Lou?

El aludido, fuera de sí, le empujó con violencia, obligándole a salir del automóvil.

—¡Maldito sea, Overton! ¡Le prohíbo que vuelva a tutearme! ¡No le pateo por respeto a su padre!

Ralp era alto, fuerte, seguro de su fortaleza.

—¿No será que tienes miedo?

El puño derecho de Witman salió disparado contra el rostro del que le desafiaba, alcanzándole en el mentón. El golpe fue seco. Parecía que Lou llevara dinamita en su puño.

Overton, tambaleándose, cayó al suelo, medio aturdido, sin perder por completo el conocimiento pero incapaz de incorporarse.

—Adiós, señorita. Siento mucho nuestro encuentro.

Sin aguardar respuesta, Witman se alejó de allí. Las piernas apenas si eran capaces de sostenerle y una continua turbación le dominaba.

¿Qué le sucedía? ¿Por qué el absurdo comportamiento de Ralp?

Se detuvo jadeante, junto a un portal. Pesábanle los párpados

como el plomo.

Vio, como a través de un velo, que Overton se metía en el coche, alejándose a gran velocidad, y se dijo que nunca debió aceptar la invitación de aquel hombre.

Ya era tarde para lamentaciones. Ahora lo importante era llegar a casa.

Anduvo unos pasos, vacilando como un beodo, hasta situarse en el bordillo de la acera, dispuesto a subir al primer vehículo de alquiler que pasara vacío.

La circulación era cada vez más escasa. Se hallaba muy al norte de Manhattan.

Unos faros le deslumbraron haciéndole recordar de nuevo que estaba enfermo. ¿Intoxicado? No comió nada desde las doce y media de la mañana. ¿Rendido por la falta de descanso? Nunca le ocurrió nada semejante.

Intuía que iba a desmayarse y luchaba por evitarlo. ¡Si apareciese un taxi!

Dio un formidable traspié y se volvió con júbilo al oír una voz femenina a su espalda.

—¿Le sucede algo?

Lou miró la que le hablaba, una mujer de edad indefinible, marchitos encantos.

—Sí. Vivo en la calle 161, en el número 490, en el tercer piso. Lléveme allí. En mi bolsillo hay dinero. Soy Lou...

No pudo pronunciar su apellido. El macadan pareció ascender hasta él y las sombras le envolvieron.

Aunque la mujer pugnó por sostenerlo no pudo conseguirlo y Witman se golpeó contra el encintado.

Ella, asustada, miró en derredor, tal vez con la idea de escapar, temerosa de que la policía pudiese acusarla de algo. ¡Siempre el temor a la ley en los que viven bordeándola!

Sin embargo, no se movió. Aquel muchacho le había suplicado ayuda.

Se inclinó con el propósito de apartarle de la calzada para vehículos, cuando unas palabras la inmovilizaron:

—¡Yo que tú me largaría ahora mismo!

Se levantó rápida, encarándose con tres hombres a los que apenas podía ver el rostro, tan agachadas estaban las alas de los

sombreros.

—¿Son amigos suyos? Está enfermo y...

—¡Lárgate, monada! Ahora mismo.

Pero...

—Contaré hasta tres. Uno... Dos...

La mujer conocía el mundo nocturno de Nueva York. También la brutalidad de tipos como los que se habían situado en derredor del que dijo llamarse Lou y, aun reprochándose su cobardía, no esperó más, alejándose precipitadamente.

Las sombras de los que cercaban a Witman parecieron agigantarse más. Dos de ellos se inclinaron mientras el tercero miraba en derredor.

—¡Acabemos de una vez! —dijo.

El lejano ulular de la sirena de un remolcador se alzó en la noche, como un funesto presagio.

CAPITULO II

—¿Despertó?

—Sí. Hay dos soldados vigilándole. No ha hecho ninguna pregunta limitándose a mirarme a los ojos. Fue a la ducha sin que nadie se lo ordenara. Esperaba otra actitud.

Charles Dalban, sargento de la 4ª Compañía de Infantería de Marina, miró a su superior, el teniente médico Henry Blier.

—¿Cuál?

—Gritos histéricos... interrogantes angustiosos... Todo menos el silencio. Me preocupa ese muchacho.

—¡Yo le convertiré en un hombre!

Dalban sonreía al pronunciar tales palabras y su mandíbula pareció adelantarse más en su rostro, en un gesto de firmeza.

—¿Destrozándole primero, Charles? No me gusta su sistema.

—A mí tampoco sus píldoras, señor, pero los dos sabemos nuestro oficio. Sólo endureciéndoles podrán hacer frente a la muerte.

El oficial de sanidad contempló el cuerpo rechoncho de Dalban, sus brazos musculosos, su expresión decidida y hubo de reconocer, muy en lo íntimo, que era uno de los mejores instructores del campamento.

—Allá usted, Charles. ¿Vino por él?

—Sí. Me interesa ese Lou Witman, empleado de banco de día y morfinómano de noche. Cuando llegó aquí aun apestaban sus ropas a alcohol y a perfumes baratos. ¡Debió correrse una buena juerga después de alistarse! Lo suelen hacer algunos pero no hasta ese extremo. Si tarda veinticuatro horas más le hubiese buscado la Policía Militar.

—Déjele descansar.

—No, si usted no lo ordena, desde luego. La compañía está formada, esperándole. Necesito que los demás vean de qué forma

curo yo las resacas para que les sirva de lección.

—A su gusto. Tal vez sea lo mejor —Henry Bluier se volvió a un soldado que estaba archivando partes médicos—. Ordene a Lou Witman que se presente con la mayor rapidez.

—No es preciso. Allí llega. Veo que se puso la ropa de instrucción. Eso simplifica las cosas.

El sargento adelantó un paso pero se detuvo al advertir que el hombre al que había ido a buscar se cuadraba, saludándole.

—A la orden, señor.

—Descanse. Soy Charles Dalban.

—Me llamo Lou Whitman.

—¿Podemos retirarnos, teniente?

—Sí. No vuelvas a mezclarte con gentuza, Lou.

—Lo procuraré. Gracias.

El joven siguió al suboficial para situarse en la cola de una formación de reclutas, recién incorporados a juzgar por los dobleces de sus pantalones que, sin duda, era a primera vez que se ponían. Ninguno llevaba arma: volvió a preguntarse cómo había llegado hasta allí sin acertar a darse una respuesta lógica.

Tenía un vago recuerdo que comenzaba después de separarse de Ralph Overton y golpearle. Un tugurio infecto, muchachas, *whisky*... ¡Y siempre el mareo, las piernas negándose a sostenerle!

Le sacó de sus meditaciones la voz bronca de Charles:

—¡Siento que me encargaran de adiestrarlos! ¡Me tocó el peor de los grupos! Parecéis borregos. ¿Tenéis algo que decir?

¡Beee...!

El balido sonó perfecto, estridente, en el silencio que siguió a las palabras de Dalban quién se acercó a un muchacho, alto y robusto, que se hallaba junto a Witman.

—¿Fue usted?

—Sí.

—¡Llámeme, señor!

—Sí, señor.

—¿Por qué lo hizo?

El recluta ensanchó el tórax y los botones de la camisa parecieron estallar.

—¿De veras quiere saberlo?

—Se lo ordeno.

—No me alisté voluntario para que ningún cerdo con galones me llamara borrego.

Lou, que miraba atentamente al suboficial, advirtió que su rostro continuaba imperturbable. Había esperado una explosión de cólera, que no se produjo.

—¿Cuál es su nombre, soldado?

—Alan Hopper, de Texas.

—Bien. ¡Atención! ¡En marcha!

Durante varios minutos y mientras dos cabos iban marcando el paso, la compañía se alejó de la zona central del campamento hasta una gran explanada en la que, separados entre sí, había otros grupos de reclutas. Allí se detuvieron y Charles, luego de ordenar descanso, volvió a hablar, mirando fijamente al que dijo llamarse Alan Hopper:

—Continuáis pareciéndome borregos. Vais a odiarme, pero haré de vosotros hombres. Viéndoos me da asco mi trabajo. Antes de un mes he de convertiros en algo más que las piltrafas que sois ahora. Hopper:

—A la orden.

—Adelante un paso. Supongo que está deseando demostrar que vale más que yo. ¿No es así? —No obtuvo respuesta—. ¡Le ordeno que me responda!

—Le aplastaría los morros con gusto, señor.

—Voy a darle oportunidad de hacerlo, dentro del reglamento, se entiende. Os daré una lección práctica de defensa personal, sin armas. Puede seros muy útil cara al enemigo. Después, y siempre con Alan de ayudante, ya que se ha ofrecido a ello, utilizaremos una bayoneta. ¿Preparado, Hopper?

—Sí.

—Atáqueme sin contemplaciones. ¡No importa que me pueda romper el cuello! Para los borregos como usted me sobra una mano.

—Emplee las dos. Van a hacerle falta.

Alan, encorvado, con ambos brazos hacia adelante, saltó hacia el suboficial quien, sin hurtar el choque, le asió de una muñeca, volteándole limpiamente sobre su espalda. Hopper hizo un gesto de dolor al incorporarse para atacar de nuevo, más enfurecido aún, con el mismo resultado anterior. Dalban había saltado a la izquierda propinándole una patada en las posaderas que dieron con el recluta

en tierra, en grotesca postura. Como advirtiese que Alan se preparaba a caer de nuevo sobre él, ordenó:

—¡Póngase firme! ¡Le daré una oportunidad mejor! ¡Entréguenle una bayoneta, cabo! ¡Tiene permiso para matarme!

Por la forma en que Hopper empuñó el arma blanca, Lou se dijo que el tejano, enfurecido, podía dar un serio disgusto al sargento. Sintió tentaciones de intervenir, pero la cabeza le zumbaba y un fuerte mareo comenzó a acometerle.

Como hipnotizado, vio a Alan saltar contra Charles el cual, sin armas, se metió materialmente debajo de las costillas del que le agredía propinándole un brutal rodillazo en el bajo vientre.

Hopper, muy pálido, cayó de rodillas con un gesto de supremo dolor en el rostro.

—Ayúdenle a formar con los demás —mandó el suboficial—. Hasta que no sepan luchar seguiré considerándoles borregos. ¿Alguien quiere objetar? ¡Está a tiempo de hacerlo!

Recorrió las filas de hombres, mirándoles a los ojos. Al llegar a la altura del que acababa de recibir tan tremenda lección y que a duras penas se sostenía en pie, se detuvo.

—En lo sucesivo guárdese sus balidos y opiniones.

No tendrá una oportunidad tan clara como ésta. Si vuelve a faltarme al respeto o racanea en el servicio le aplicaré todo el peso del reglamento. En cuanto a usted, Alan... ¿Se encuentra bien?

—No, señor. Parece que tengo fuego en el estómago y en la garganta. Además, hace un momento estuve a punto de perder el sentido.

—Le daré el mejor remedio. Tampoco a Hopper le vendrá mal. ¡Atención! ¡Firmes! ¡Paso ligero!

El sargento se situó en cabeza. Uno de los cabos lo hizo en el centro de la columna mientras el otro se colocaba en retaguardia.

Los primeros minutos muchos sonreían. Los cuarenta años de Charles Dalban no resistirían una prolongada carrera. Al menos, esos eran los generales pensamientos.

Whitman, empapado en sudor, se esforzaba en, mantener el ritmo de sus compañeros que evolucionaban, describiendo círculos, en torno a la gran explanada. Notaba latidos en las sienes y dolores en todas las articulaciones.

Hubo de morderse los labios para resistir la tentación de dejarse

caer a tierra, a una tierra que parecía llamarle a cada paso, que le atraía con irresistible fuerza.

Cada segundo era un gigantesco vencimiento más. Quiso abstraerse en su inmediato pasado, olvidarse de sus miembros doloridos, que le atormentaban, pero no pudo conseguirlo.

Le angustiaba la idea de que el sargento se burlara públicamente de él.

Contempló a Alan Hopper. Tampoco debía estarlo pasando bien. Advirtió que el tejano apretaba los puños y supo entonces que realizaba un formidable esfuerzo para no rendirse.

Las facciones de todos se habían endurecido. Llevaban ya cerca de media hora de paso ligero sin que aquello pareciera que iba a terminar. Los que consideraron al sargento incapaz de sostener una prolongada carrera advirtieron que Dalban mantenía el mismo ritmo que al principio, como si la fatiga le fuera ajena.

Daba ejemplo marchando en cabeza. En su rostro había una sonrisa indescifrable. Los cabos, aunque acusando el cansancio, marcaban el paso de vez en vez y sus voces eran firmes.

Para Lou comenzaron a borrarse los contornos de las cosas. Vio tropezar y caerse, a Alan Hopper pero la compañía continuó evolucionando, como si nada hubiera ocurrido. Un soldado que llevaba un brazalete con el emblema de sanidad y que se hallaba con otros varios atento a cualquier contingencia, se acercó al caído para examinarle. Después, en unión de un compañero y utilizando una camilla, le trasladaron a un *jeep* que partió rumbo al campamento.

—Debo aguantar... Tengo que resistir... Debo aguantar...

Witman iba repitiéndose estas palabras una y otra vez aunque no ignoraba que sus fuerzas llegaban al límite. Dentro de unos minutos rodaría inconsciente.

—¡Alto!

Oyó la voz muy lejana, como perdida en la distancia, pero pudo mantener el equilibrio y soportar, impávido, la mirada burlona del sargento.

—Bien, muchachos. Sólo uno no ha aguantado. Precisamente el que tuvo la lengua más larga. Disponéis de cinco minutos de descanso para fumar un cigarrillo, si es que os quedan pulmones.

Todos se tiraron al suelo, formando grupos. Tenían las ropas

cubiertas de polvo y las caras sucias por el sudor.

Charles, como en él era costumbre el primer día de entrenamiento, se acercó a los cabos.

—No creí que Lou aguantara —dijo—. Imagino cómo debe sentirse. Daría... Daría cinco mil dólares por una jarra de agua fresca.

—Por ese dinero puede comprar una fábrica de *whisky*, sargento. ¡Cinco mil dólares! ¿Cómo se le ocurrió esa cantidad? Hay cifras que marean.

Dalban pensó en el fajo de billetes que guardaba en la caja fuerte de la Compañía junto con los demás efectos personales de Whitman. Aunque era hombre de poca imaginación pensaba que quizá fuese el todo o la parte de un desfalco en el Banco del que era empleado. El, en ausencia del oficial lo puso en conocimiento del coronel Nicholas Mortimer. Tal era su deber.

En el recluta había algo, sin embargo, que le agradaba. Su rigidez al saludarle en el despacho del teniente médico, la seriedad de su rostro, el aguante de que hizo gala, el no mostrar inquietud por el dinero.

Le miró sin disimulo y pudo advertir un gesto de extrañeza, de estupor en su cara.

Sí. Tales eran las sensaciones de Lou que, una y otra vez, se esforzaba en recordar qué era lo que le llevó a alistarse en la Infantería de Marina.

Evocó el momento en que firmó su compromiso con el ejército, acompañado por tres hombres cuyos rostros se le desdibujaban, tres hombres que le acompañaron a lo largo de muchas horas, en un itinerario de pesadilla por los tugurios de Nueva York.

—¿A qué día estamos?

La pregunta iba dirigida a un muchacho muy joven, de no cumplidos veinte años, quién repuso, sin disimular su extrañeza:

—A 14 de agosto de 1943. ¿Perdiste la memoria?

Whitman se esforzó en sonreír, sin conseguirlo.

—Después de la paliza que nos ha dado el sargento, creo que no me acuerdo ni de cómo me llamo.

—Yo sí. Mi nombre es James Ryman. Mis amigos me llaman Jim.

—Soy Lewis Witman. Todos me dicen Lou. ¡14 de agosto!

Recordaba que fue el 10 de agosto, cuando recibió la visita del viejo Overton y el obsequio de cinco mil dólares. ¡Cinco mil dólares! Los olvidó hasta entonces.

Echó de menos sus efectos personales, que no hizo por buscar en el traje de paisano que dejara en la enfermería.

¿Qué hizo desde la noche del 10 hasta la mañana del 14? Tres días en blanco en su memoria de los que solo recordaba hechos sin consistencia que igual podían ser fruto de una pesadilla.

—¿Te encuentras mal, Lou?

Se sobresaltó. Había olvidado la inmediata proximidad de James Ryman.

—Me duele la cabeza, aunque no demasiado. ¿Por qué me miras así, con tanto interés? ¡No te dé miedo contestarme!

Jim vaciló unos segundos.

—Verás... No es nada que me importe. Ni a mí ni a los otros. Son cosas tuyas. Todos dormimos en el barracón menos tú. Te llevaron a la enfermería. Se corrió la voz de que estabas...

—¿Borracho?

—No. Drogado. Morfina, según creo. He leído muchas novelas. Los que se inyectan...

Witman se puso en pie con brusquedad. ¿Qué fue de él en los tres días largos que mediaron entre la noche del 10 de agosto y la mañana del 14? De nuevo, no pudo darse respuesta.

Entornó los párpados en un vano afán por recordar consiguiendo únicamente que las punzadas de la nuca aumentasen.

—¿Te enfadaste conmigo, Lou?

Jim Ryman se hallaba junto a él, con actitud preocupada. Repuso:

—No... No te preocupes... Quiero que sepas...

—¿Qué?

—Nada. No vale la pena. Pareces un buen muchacho y me agradaría que fuésemos amigos.

—Ya lo somos. Apenas si pude dormir pensando en que pudiera sucederte algo, excitado por la idea de las drogas de las que tanto se habla en los periódicos. Mamá dice que mi fantasía es inagotable.

Lou sonrió.

—¿Por qué te alistaste?

—¡Demostraré que soy un hombre luchando por mí patria! ¿Y

tú?

La respuesta iba a desconcertar al joven.

—No lo sé. Aún no estoy seguro ni de que firmara el Boletín de Reclutamiento.

¿Qué habrá sido de los cinco mil dólares? Inició el camino hasta donde se hallaba el sargento pero una orden de éste le inmovilizó. Tiempo tendría de interrogarle:

—¡A formar! ¡Se acabó la buena vida! ¡Rápido!

Durante dos interminables horas, los reclutas efectuaron ejercicio tras ejercicio, alternándolos con pasos ligeros. Witman, de nuevo, se sintió acometido por la angustia y una y mil veces estuvo a punto de perder el conocimiento. El orgullo le mantuvo erguido, aún por encima de su capacidad física.

Al terminar la instrucción, ya de cara a los barracones, Charles Dalban anunció:

—En vuestros petates encontraréis un uniforme de paseo. Habrá revista dentro de treinta minutos y se os entregarán las armas. Creo que no tendréis dificultades con las tallas. Si es así, en Intendencia os lo resolverán. Aquel es el almacén.

Señaló a su izquierda, a un edificio construido más sólidamente que los que le circundaban.

Todos, en silencio, penetraron en la nave de la Compañía, dejándose caer en los camastros, agotados. Jim tomó del brazo a Witman.

—Te guardé un sitio junto a mí.

—Gracias.

Las bromas sacudieron el aire como trallazos. Ninguna afectaba al sargento. La presencia de los cabos les cohibía. Uno de ellos dijo:

No olvidéis que tendremos revista dentro de media hora. Curtis y yo vamos a la armería.

Ya solos los reclutas, los comentarios tomaron distinto cariz. Todos hablaban a voces. Los ascendientes de Charles Dalban no quedaron bien parados.

Únicamente Lou no formaba parte del general alborozo. Continuaba esforzándose en recordar...

CAPÍTULO III

—¿Me ha llamado, señor?

—Sí, Witman. Siéntese. Quisiera que habláramos sinceramente. Hay alguien que se interesa por usted.

—¿Puedo saber quién?

—Se lo diré al final de nuestro diálogo. ¿Un cigarrillo?

—No. Gracias.

—A su gusto.

Lou, acomodado en una butaca frente al coronel Nicholas Mortimer, se hallaba tenso. ¿Para qué le ordenó que se presentara en su despacho?

Miró al jefe del campamento. Su rostro era de una gran severidad, casi una máscara. Comprendió porqué los veteranos le llamaban «cara de palo». Sus facciones parecían talladas en granito. Witman se dijo que aquel hombre no habría cumplido aún los cincuenta años. Pensó en sus compañeros que se hallaban en aquel momento soportando la revista de Charles Dalban y deseó estar con ellos, no sentir la mirada inquisitiva de Mortimer.

Fue a formular una pregunta, pero no lo hizo. Era el coronel quien debía tomar la iniciativa.

—Hablé por teléfono con su jefe, mi buen amigo Reginald Overton. ¿Imagina para qué?

—Lo ignoro, señor.

—¿De veras?

Los ojos del coronel parecían taladrar a Lou quien seco el tono de voz, repuso:

—Si va a dudar de mis palabras, guardaré absoluto silencio. ¡Siempre he aborrecido la mentira!

—Lo celebro. Así será más sencillo para los dos. Le pregunté si echaba de menos alguna cantidad en su Banco. Cinco mil dólares exactamente. Me contestó que el arqueo de la noche anterior fue

correcto y entonces le hablé de usted. Le estima mucho.

—Es posible. Por encargo suyo trabajaba en la investigación de una contabilidad.

—¿En un edificio de la avenida Madison, esquina a la calle 110?

—Sí. ¿Cómo sabe...?

—El señor Overton me habló de la quiebra, que le costaba más de un millón de dólares, y de otras cosas. Me dijo que usted no podía tomar dinero de la caja porque no lo había.

Witman irguió el torso en el asiento, sin incorporarse.

—¿Me supuso un ladrón, coronel?

La faz imasible de Nicholas Mortimer no se alteró.

—Me limité a averiguar la causa por la que un recluta llevaba en sus bolsillos cinco mil dólares. ¿No le parece lógico?

Lou inclinó la cabeza, abrumado, a su pesar, por los tres días en blanco en su vida de los que no lograba acordarse.

—Sí... Claro...

—Overton me agradeció la llamada. Iba a dar parte a la policía de su desaparición.

—¿Por qué?

El coronel hizo una larga pausa. De nuevo. Witman se sintió desnudo ante la mirada de aquel hombre.

—La noche del 10 de agosto un incendio, que se supone provocado, destruyó parte del edificio de la avenida Madison, esquina a 110 Street. Cuando el sereno de noche avisó al Parque de Bomberos ya era imposible dominar el siniestro, que comenzó en el piso segundo, en el despacho donde usted trabajaba. Se encontraron entre los escombros restos de bidones de gasolina. Por fortuna, no hubo víctimas, aunque las pérdidas materiales son enormes. ¿Lo ignoraba?

El asombro no permitió al joven articular palabra durante varios minutos. Al fin, musitó:

—Sí.

—¿Qué hizo usted desde que se separó de Ralp Overton, después de golpearle, hasta la mañana del día 13 en que firmó su hoja de alistamiento? ¿Dónde estuvo?

Las preguntas vibraban en el aire, como acusaciones implacables. Lou cruzó su mirada con la de su jefe.

—No lo sé. No he conseguido recordarlo. ¿Se extrañaría si le

dijera que ignoro en qué lugar del país me encuentro en estos momentos, que hasta hace unas horas no supe que hoy era 14 de agosto?

—¿Usted no?

Witman se sintió acorralado. Tenía la impresión de haber caído en una trampa. ¿Por qué y con qué motivo?

—¿Qué le dijo el señor Overton de los cinco mil dólares, coronel?

—Nada. Únicamente que no procedían del Banco.

—¡Me los entregó él, gratificándome por el trabajo que realizaba en la investigación de la quiebra! Pensaba devolvérselos a la mañana siguiente.

—¿Por qué no lo hizo?

Una vez más Nicholas Mortimer le atajaba con una pregunta que no podía contestar.

—Lo haré ahora, aunque me temo que no prestará crédito a mis palabras. Mi historia es confusa, absurda. Casi no es una historia. Antes quisiera saber algo.

—Diga.

—¿Reginald Overton me supone complicado en el incendio? ¿Iba a dar por eso parte a la policía?

—Sí.

La respuesta fue terrible para Lou cuya voz tembló al inquirir:

—¿Y lo ha hecho?

Mortimer se puso en pie. Meditativo, se acercó a uno de los dos amplios ventanales desde los que se divisaba el campamento. Apoyó su frente en el cristal y repuso, sin volverse:

—Todavía no. Me pidió que le hablara. Supone que esos cinco mil dólares pueden haber sido el pago por destruir los documentos contables que hubiesen puesto de relieve una estafa y sus culpables.

—¡Él me entregó el sobre!

—Sí, pero con doscientos dólares y no con cinco mil. ¡Reginald es incapaz de mentir, Witman, y le estima! Vuelvo a repetírselo.

—Pero él me dio...

—No insista. Su palabra vale más que la de usted.

Tanta fue la violencia con que Lou se incorporó que la silla cayó al suelo.

—¡Yo no miento, coronel! Tengo un testigo. John Saxon,

vigilante nocturno, estaba delante cuando abrí el sobre manifestándole mi propósito de devolver esa suma por considerarla excesiva.

—Ese hombre murió asesinado la noche del 11, en su domicilio. ¡Le apuñalaron!

—¡Dios mío!

Fue una exclamación de angustia, de impotencia.

Witman, inmóvil en el centro del despacho, parecía una estatua del dolor.

Nicholas Mortimer le miraba con fijeza, sin una contracción en su rostro de estatua. Fue el primero en hablar.

—Sentémonos. No necesito decirle que su situación es gravísima. Pueden detenerle acusándole de incendio y de asesinato en primer grado.

—¡Yo no lo hice!

Fue el propio coronel el que puso la silla en su sitio, acomodándose después detrás de la mesa de despacho. Lou tardó unos minutos en imitarle, preso de profundo estupor.

—Creo que debe encender un cigarrillo, Witman, y contarme su historia. Si no le importa, grabaré sus palabras. Piense antes de hablar.

Lou tomó el cigarro que Nicholas le entregaba, encendiéndole en la llama del mechero del coronel, que puso en marcha un magnetofón.

—Gracias, señor —dijo—. Estoy aturdido y...

—Lo comprendo. Tómese el tiempo que quiera. No tengo prisa. Necesito que me diga lo que sucedió desde la llegada de Reginald Overton a la oficina.

Witman aspiró con avidez el humo, esforzándose en serenarse. La trampa que intuyó, se había cerrado en torno suyo.

—Por desgracia, no es mucho lo que puedo contarle, señor. Procuraré no olvidar detalle, sin embargo...

Hizo un relato de su breve diálogo con Overton y del consejo que le dio John Saxon en el sentido de que conservase el dinero para terminar su carrera sin preocupaciones. Se refirió después a su mal estado de salud, a su mareo, a que las piernas se negaban a sostenerle y a su encuentro con Ralph Overton.

—Le acompañaba una muchacha. Me la presentó. Espere.

Empiezan a borrárase los recuerdos. Se llamaba Clara... Clara Mortimer... ¡Mortimer! Ralph dijo que era la hija del coronel de su regimiento. ¿Acaso...?

—Ella es la que se interesa por usted. Overton le provocó. Al reunirse conmigo al día siguiente me habló disgustada del hecho previniéndome contra Ralph, al que iba a tener a mis órdenes. Continúe. No se interrumpa.

—¿Cómo supo Clara... perdón, la señorita Mortimer, que yo estaba en el campamento?

—Por el sargento de su compañía. Estábamos cenando cuando vino a hablarme de un recluta que llevaba cinco mil dólares en un bolsillo de la americana y que según él teniente médico Henry Blier, padecía una aguda intoxicación de morfina. Dijo su nombre y ella recordó. Fue a verle a la enfermería. Charles es su tío, hermano de mi esposa. El segundo apellido de Clara es Dalban.

Lou creyó advertir un leve matiz de tristeza en las palabras de su jefe.

—No se interrumpa, Witman. Quisiera poder ayudarle. La forma en que ha realizado sus estudios de medicina le hacen acreedor a mi simpatía. ¡Admiro a los que saben labrarse su propio destino!

—Poco queda ya, señor. Anduve como un sonámbulo. ¡No había tomado ni una copa! Tan solo un sorbo de café, como todas las noches. Creo recordar que una mujer se me acercó y la pedí ayuda.

—¿Qué mujer?

—Una de las muchas que pululan por los barrios extremos de Nueva York. No estoy seguro. A continuación ya se me desdibuja todo. Entre brumas me parece que anduve con unos hombres por tabernas o cabarets. Igual me sucede con mi alistamiento. Ellos me acompañaban siempre... ¡Nunca me inyecté morfina!

—Sin embargo, según informe del teniente Blier, hay huellas de pinchazos en sus piernas.

—¡Yo no lo hice!

—¿No puede acordarse de más?

—Pregunté a un recluta el día que era y me miró como si me hubiese vuelto loco. Supe entonces que he pasado muchas horas como envuelto en una pesadilla.

—¿Por qué no reclamó los cinco mil dólares al sargento?

—Lo pensé en el campo de instrucción pero no pude hacerlo. Al

romper filas se nos anunció una revista y estaba agotado, confuso. Después, usted me mandó llamar. ¡Le aseguro que soy inocente! ¡Alguien pretende complicarme en no sé qué! ¡No me explico lo del dinero! Reginald Overton me entregó el sobre y yo le abrí delante de John Saxon. Había cincuenta billetes de cien dólares. Abultaba mucho. Eso tiene que haberlo advertido el señor Overton. ¡Pídale que recuerde!

—Lo haré. Mandaré un informe personal y la cinta a Nueva York. Lo que resta no depende de mí. ¡Necesito su palabra de honor de que no intentará abandonar el campamento! De lo contrario, tendré que encerrarle en un calabozo.

Lou no pudo evitar que su voz sonara impresa de un terrible sarcasmo.

—¿Se fía de mi palabra, señor?

—Me precio de conocer a los hombres. ¿Cuento con ella?

—Sí. Gracias, coronel. No le he dicho nada que no sea cierto.

—Eso deseo. Tendrá en breve mis noticias.

Witman aplastó la punta del cigarrillo en un cenicero metálico y se puso en pie, saludando a su superior.

—A sus órdenes.

—Puede retirarse. ¡Ah! Este es el campamento de la 7.^a División de Infantería de Marina, situado entre Lancaster y Vilmington, a quince millas de Filadelfia. No necesita preguntárselo a nadie.

Atravesó una oficina en la que trabajaban suboficiales y soldados. Ya en un largo pasillo, que enlazaba con el exterior, se detuvo. Una muchacha avanzaba hacia él.

—Hola, Lou. ¿Cómo se encuentra?

Witman aparentó no ver la mano que se le tendía y repuso, no sin aspereza:

—Bien, señorita Mortimer.

—¿Está enojado conmigo? Le aseguro que le reproché a Ralph su comportamiento y...

—Lo sé. El coronel me lo ha dicho.

—¿Me va a dejar así, desairada?

Ella continuaba sonriendo, con la diestra extendida. Lou la estrechó estremeciéndose, a su pesar, al contacto.

—Perdone. Estoy desconcertado, confuso... No sé cómo explicarme.

Sentíase tímido en presencia de la que había adquirido ante sus ojos una extraña dimensión: la de hija del hombre que regía los destinos de aquella comunidad, humana pero implacable, constituida por quienes habitaban en el campamento, seres con la mentalidad de Charles Dalban.

—Quiero que sepa que puede contar conmigo. Será un placer ayudarle.

—¿Sabe que, posiblemente, me acusen de asesinato?

—Papá me lo dijo. Estoy segura de que no lo hizo.

—¿Por qué?

Ella no desvió los ojos del que la interrogaba.

—No lo sé. Me gustó su aspecto cuando le vi por vez primera en Nueva York. Me gustó también que golpeará a Ralp.

—¿No es su amigo?

—La amistad de mi padre con Overton me obliga a tratarle. Me propuso que tomáramos una copa y no supe negarme. Ahora me alegro de haber aceptado. Creo que necesita ayuda. Y cariño. No se encierre en su orgullo. Deje de fruncir los labios con dureza. Me hubiera gustado tener un hermano. Desde que mamá murió me encuentro siempre sola entre nombres que me halagan porque soy hija del coronel.

Clara Mortimer hablaba con vehemencia. Lou la miró con simpatía.

—Sus palabras me hacen mucho bien, señorita Mortimer.

—¿Por qué no Clara? Yo no tengo graduación en el ejército. Ni deseo tenerla, naturalmente.

—A su gusto. Debo dejarla. He de incorporarme a mi compañía.

—¿Volveremos a vernos?

Witman dudó.

—Tal vez. Cuando todo se aclare, si es que sucede.

—Sucederá. No lo dude. Pienso pedírselo a Dios con todas mis fuerzas. ¿Amigos?

De nuevo se estrecharon las manos. Esta vez en silencio. Lou se alejó con rapidez para que ella no advirtiera la emoción que le dominaba.

Entró en la cantina para tomar una taza de café que terminase de entonarle el estómago. Le sorprendió ver en ella a casi la totalidad de sus compañeros.

—Ven con nosotros —le invitó Jim—. ¿Qué pido para ti?

—Un café doble. Os imaginaba aún en la revista.

—No. Tenemos quince minutos de libertad hasta la próxima formación.

—¿Qué quería de ti el coronel? —inquirió Alan Hopper, ya repuesto—. ¿Ascenderte? Me agrada tener a mi lado tipos importantes como tú.

—Dejemos eso.

Bebió el café de un sorbo, notándose mejor. Las punzadas en la nuca le habían desaparecido y sentíase dueño de sí.

Una gramola interpretaba un alocado ritmo moderno. En las mesas numerosos soldados bebían o jugaban a los naipes.

Jim, con un aplomo superior al que hacía suponer su edad, tomó a Witman del brazo, separándose de los demás.

—¿Dificultades? No me contestes si no lo deseas.

—Sí; pero no por parte de Nicholas Mortimer.

—Considérame un camarada. Para lo bueno y para lo malo.

—Te lo estimo de veras, Jim. Vayámonos de aquí. El aire libre terminará de serenarme.

—A tu gusto.

El joven depositó unos billetes en el mostrador, saliendo con Witman.

La mañana era luminosa. En el campamento reinaba extraordinaria actividad. Grupos de reclutas formaban frente a sus barracones. El cabo Curtis se les acercó:

—Pasó el descanso. Avisa a los demás, Jim.

—Ahora mismo.

Dos minutos más tarde, la compañía esperaba la llegada de Charles Dalban, quien no tardó en aparecer acompañado de un oficial a cuya presencia Lou palideció.

El teniente fue pasando revista a los hombres deteniéndose al llegar a la altura de Witman.

—Celebro tenerte a mis órdenes. Espero que más de una vez me saques brillo a los zapatos.

Lou tragó saliva, conteniendo a duras penas la réplica que pugnaba por brotar de sus labios. Sostuvo con firmeza la mirada de Ralp Overton quién, al no obtener respuesta, habló de nuevo:

—Te recomendaré de forma especial al sargento. No te auguro

un buen futuro.

—Tampoco lo espero, señor.

Ralp se llevó la diestra a la mandíbula.

—Acostumbro a devolver los golpes que recibo.

—¿Cara a cara?

Había sarcasmo en la pregunta. Overton se mordió los labios.

—De cualquier forma, Lou.

Lo examinó con detenimiento, buscando algo que justificara un arresto. Al no hallarlo, prosiguió la revista, con un gesto de dureza en sus labios.

—Bien, sargento. Esta tarde, a las tres, comenzaremos la instrucción con armas. Dos horas más tarde haremos ejercicios en el campo de tiro. Vigile especialmente al recluta Lou Witman. Es hombre peligroso.

Charles Dalban parpadeó con fuerza y su mandíbula pareció acentuarse más.

—¿Cómo debo entender su recomendación, señor?

—En el más amplio sentido. Le informaré en privado. Pueden romper filas. No quiero verles más con esos uniformes. Ropa de trabajo. No habrá permisos hasta que no finalice el entrenamiento.

—A la orden. Dentro de cinco minutos formarán para ir al comedor. ¡Rompan filas!

No sobraba demasiado tiempo. Por ello todos se dirigieron al barracón para cumplir lo indicado por el sargento.

Lou fue de los últimos en entrar. Mientras se desnudaba para vestirse de nuevo con el equipo de instrucción se preguntó si era coincidencia el haber sido destinado a la unidad que iba a mandar el hijo de Reginald Overton. ¿Cómo había conseguido el grado de oficial? La respuesta la obtuvo de labios de Jim.

—Un título universitario y un cursillo intensivo en West Point bastan. Quizá sea ese el caso del teniente. ¿Le conocías?

—Sí.

—No parecen claras sus intenciones con respecto a ti. ¡Ten cuidado!

Había inquietud en la voz del muchacho.

—Lo tendré, pero no creo que sirva de mucho.

Terminaba de abrocharse la moteada camisa, ideal para el camoufflage, cuando hubieron de formar de nuevo.

Comió sin apetito, mecánicamente, absorbió en sus ideas, sin conseguir rasgar el velo de sombras que nublaba tres días y tres noches de su pasado...

CAPÍTULO IV

—¡Tira esa granada! ¡Está a punto de estallar!

Witman miró la bomba de mano, que acababa de entregarle, y advirtió que la anilla que ponía en funcionamiento el percutor se bailaba suelta. Comprendiendo el riesgo mortal a que se exponía, avanzó unos metros, destacándose del resto de sus compañeros, y arrojó lo más lejos posible el mortal artefacto que explotó en el aire, unos segundos antes de tocar tierra.

Se había lanzado al suelo conforme realizaba lo que a su espalda le indicaron y al incorporarse pudo ver que la sección, mandada por el cabo George Curtis, le imitaba.

El sargento, que se hallaba con otro grupo, se acercó de dos zancadas, mascullando:

—¡Maldito estúpido! ¡Ya se os dijo que no tocarais la anilla!

—Él no la tocó, señor —repuso un recluta que se había incorporado en las primeras horas de la tarde—. Alan Hopper se la entregó así. Menos mal que pude advertirlo.

Witman identificó al que hablaba, hombre de rostro enérgico que, según dijo, se había retrasado en presentarse por una avería mecánica del camión que le condujo al campamento. Se llamaba Harry Braddock.

—¡No se meta en lo que no le importa!

—Gracias a eso, sargento —repuso el aludido con firmeza— se evitó una tragedia. No hubiese muerto solamente Lou sino quienes estábamos a su lado. Esperaba que me felicitara por ello.

Dalban se mordió los labios, sin encontrar la réplica adecuada. Se volvió a Alan Hopper, que lo escuchaba todo desde unos veinte metros de distancia, junto a una caja que contenía granadas.

—¿Qué alega en su descargo?

—Nada, sargento. Le entregué una bomba como a los demás. Sin duda al cogerla tiró de la anilla sin darse cuenta.

Los hombres contemplaron en silencio al suboficial quien, al fin, dijo:

—Olvidémoslo. Es un accidente y debe servirnos de enseñanza. Manipulamos armas de verdad, no trozos de madera. Reúnase con los demás, Alan. En lo sucesivo será un cabo el que se ocupe del material.

—A la orden.

Continuaron adiestrándose. Todos advirtieron como Charles Dalban informaba al oficial de lo sucedido, pero debido a la distancia no pudieron oír el diálogo.

—Gracias, Braddock. Me salvaste la vida.

—Cualquiera hubiese hecho lo mismo.

—Ninguno de nosotros lo habríamos advertido—. Hiciste buenos blancos con el subfusil.

—Soy cazador y tengo costumbre de manejar armas. Eso es todo.

Como si se sintiera molesto por aquellos comentarios, Harry se apartó de Witman para depositar su granada en a caja, con el máximo cuidado...

* * *

A los quince días de instrucción, los reclutas, desorientados y burlones, que llegaron al campamento, se transformaron en seres duros, capaces de soportar todos los esfuerzos, aptos ya para la lucha según criterio de Charles Dalban.

Fueron diez interminables horas diarias de instrucción, manejando armas y explosivos, arrastrándose unas veces por campos polvorientos y otras cruzando zonas fangosas, con marchas interminables, descubiertas y simulacros de lucha... Maniobras con fuego real en las que el menor descuido podía significar la muerte y toda clase de prácticas bélicas estaban culminando la preparación de unos hombres que en breve se enfrentarían con las mejores tropas del mundo, daba igual que fueran japonesas o alemanas.

En un embudo de la artillería, Lou consultó, una vez más, su cronómetro:

—Faltan tres minutos para el asalto —dijo en voz alta.

Harry Braddock y Jim Ryman, que le acompañaban, asintieron.

—Nos van a freír desde el bosque —repuso el más joven del

grupo—. Por fortuna hace un cuarto de hora que solo se utilizan balas de fogeo.

Por todas partes escuchábanse disparos y explosiones. El ejercicio, que se realizaba en la margen izquierda del río Delavare desde las primeras horas de la madrugada, estaba a punto de finalizar. Pronto anochecería. El sol, en su ocaso, era un disco de fuego que iluminaba la tierra con una luz tenue, precursora del crepúsculo.

—Atención, amigos. Faltan diez segundos.

Lou, Jim y Harry se agazaparon en el mismo borde del agujero para, al oír un silbato, saltar hacia adelante, con los subfusiles a la altura de las caderas, oprimiendo los gatillos.

De entre los árboles inmediatos al curso del río se veían numerosos fogonazos, que se acentuaban más en la penumbra del bosque.

Witman miró a derecha e izquierda. El despliegue de la compañía era admirable.

Se arrojó a tierra al ver que Charles Dalban, a unos diez metros de distancia, lo hacía y en ese momento se estremeció, un penetrante silbido, que le era ya muy familiar, le hizo pensar en proyectiles auténticos y no en balas de instrucción.

De bruces se esforzó en convencerse de que aquello era fruto de su fantasía, pero su intranquilidad iba en aumento. Tuvo la certeza de que no se equivocaba al oír a Braddock:

—¡Cuidado, Lou! Al parecer alguno no ha sustituido el cargador por proyectiles de fogeo. ¿Oíste lo que yo, Jim?

—Sí. Ten un araño en la mano izquierda. ¿Quién será el loco que...?

—¡Vamos! ¿Qué hacen ahí quietos?

Era el sargento el que gritaba. Witman fue el primero en incorporarse para rodar de nuevo como un fardo.

Jim y Harry, sin incorporarse, se le aproximaron, acometidos por un trágico presentimiento. Respiraron con alivio al oír:

—¡No os mováis! He vuelto a sentir silbar el plomo a mi alrededor.

Charles Dalban se acercaba, con una agilidad increíble para un hombre de su corpulencia.

—¿Qué os pasa?

—Alguien emplea fuego real contra nosotros —repuso Jim Ryman, anticipándose a sus compañeros—. Me rozaron la mano con una bala. Vea.

Mostró un rasponazo. El suboficial, colérico, repuso:

—¡Eso es absurdo! Se recoge la munición y se examinan los cargadores. Puede habérselo hecho con un matorral. ¡Síganme! Les demostraré que están equivocados.

Llegaron hasta el bosque y, luego, al río sin que sucediera nada anormal pese a que las detonaciones, de tan continuas, parecían una sola.

Culminado el objetivo, Dalban se volvió a Jim.

—Callaré para que no sea la rechifla de la compañía. A vosotros os conviene olvidarlo.

—Pero... —comenzó Witman.

—No tengo inconveniente en dar parte al oficial, si lo deseáis.

—Mejor será que lo dejemos —intervino Braddock—. ¿No te parece, Lou? Nosotros estamos seguros de lo que decimos, pero a todos les interesará demostrar lo contrario.

Charles se encaró con el que había hablado.

—¿Qué es lo que insinúa?

Harry sostuvo la mirada.

—Poco y mucho. En el ejército no se admiten fallos. Tampoco errores. Es más cómodo hacernos pasar por locos a los tres que abrir una investigación a fondo. No va por usted. Ese rasponazo es de bala.

El sargento dudó.

—Quizá... No me opongo a que llevemos esto adelante aunque...

—Cualquiera pudo olvidarse de un cargador.

Ya en el campamento, Witman, como en él era costumbre, procuró aislarse de sus camaradas y extrajo del bolsillo de su camisa, una vez más, el extraño mensaje que encontró poco antes de iniciarse las maniobras. Volvió a leerlo:

«Cúidese. Alguien pretende eliminarle. Lo de la granada fue un intento de asesinato».

¿Por qué no dar parte al coronel Mortimer? Sería, además, un

buen pretexto para visitarle.

Desechó la idea apenas formulada. Él le dijo: «Tendrá en breve mis noticias». Y de eso hacía más de dos semanas. Era posible que en Nueva York se estuviesen realizando investigaciones sobre la muerte de John Saxon y el incendio del edificio de Madison avenue.

¿Por qué no le llamó la policía para interrogarle? Reginald Overton afirmaba que él le entregó un sobre conteniendo doscientos dólares y no cinco mil. Aquella era la prueba de un posible soborno para que destruyeran los documentos contables de la empresa en quiebra.

Una y otra vez pensó en lo mismo sin acertar a explicarse el que nadie le hubiese molestado.

¿Acaso Nicholas Mortimer había respondido por él? No lo creyó lógico. El militar no se comprometería con algo tan dudoso y poco consistente como la historia que quedó grabada en la cinta magnetofónica.

Tal vez de un momento a otro se produjese el aviso del coronel. Lo temía y lo deseaba a la vez.

¿Quién pudo escribirle el mensaje de advertencia? ¿Quién atentar por dos veces contra su vida?

¿Y si se trataba de hechos fortuitos? No era improbable que la anilla se desprendiese de la bomba de mano o que alguien no vaciara por completo el cargador de proyectiles para sustituirlo por cartuchos de fogeo.

Además, fue Jim el más directamente amenazado en aquella ocasión, a juzgar por el rasponazo de bala, y no él.

Se hallaba cerca de las casas en las que habitaban los jefes y oficiales, en un pequeño jardín donde, durante el día, jugaban los pocos niños que habitaban en el campamento.

Se sobresaltó al oír un roce a su espalda tranquilizándose al ver a...

—¡Clara!

La muchacha, con una sonrisa, adelantó unos pasos.

—Sí. Llevo un rato observándole, dudando si acercarme o no.

—¿Por qué esa duda?

—No hizo nada por verme en muchos días...

Lou intuyó un leve reproche.

—No me considero digno de visitarla. Además, el silencio de su

padre me hace pensar que el final de mi incomprensible aventura va a ser el temido por mí.

—Me encargó esta mañana que le hablara. Aseguró que sería menos violento para usted. No quise mandarle llamar y mi tío, bueno, el sargento Dalban, me dijo dónde podría encontrarle. Él le vio aquí hace unas noches.

—¿Sabe él...?

—Sí. Se lo conté para pedirle que me ayudara. ¿Le molesta?

Witman se encogió de hombros con indiferencia.

—¡Qué más da! ¿Qué es lo que su padre no se atreve a comunicarme? ¿Tan malas son las noticias?

Las facciones de Clara Mortimer, a las que iluminaba de lleno la luz de la luna, se iluminaron con una sonrisa.

—Al contrario. Reginald Overton no ha denunciado a la policía lo de los cinco mil dólares ni tampoco la destrucción de los documentos sobre los que usted reconstruía la contabilidad. Por ese lado puede estar tranquilo.

—¿Qué hay de la muerte de John Saxon? ¿Se encontró al culpable?

—Aún no. Metropolitana ha confiado su custodia a papá por si fuera necesario interrogarle o... o detenerle. Lo de los cinco mil dólares es lo que más le perjudicaba. El hecho de que Reginald Overton haya admitido un posible error al introducir el dinero en el sobre y se niegue a que se ejerza ningún acto contra usted le permite continuar en libertad. He pensado mucho en su problema. Lou, y cada vez estoy más confusa. Pienso que hay algo extraño en todo esto.

—¿Sabe que han querido asesinar me?

Clara, sorprendida por la pregunta, se llevó ambas manos a los labios para ahogar una exclamación de sorpresa.

—No. Lo ignoraba. Cuénteme.

Con breves frases pero sin omitir detalle, Witman refirió los dos sucesos anormales de que fue protagonista. Al terminar, inquirió:

—¿Qué le parece, Clara?

—Muy extraño. Pudieron matarle impunemente en Nueva York, en esos tres días en blanco, de su vida sin comprometerse a un crimen en un lugar tan poco propicio para ello.

—Es posible que imaginaran que sería juzgado por unos delitos

que no cometí y al darse cuenta de su error deseen eliminarme ante el temor de que llegue a recordar realmente lo sucedido y constituya un serio peligro.

—Sí. Es probable. ¿Me da ese mensaje para llevárselo a papá?

—Tómelo.

Mientras la muchacha guardaba el papel en un pequeño bolsillo de su vestido blanco, Lou la contempló a su sabor.

Era mucho más bella, vista así en la intimidad, en el silencio.

—¿Qué he hecho para merecer su afecto, Clara?

—Tal vez no esforzarse en conseguirlo. En todas las mujeres vibra el instinto maternal. Usted es desdichado. ¡No se convierta en un hombre duro para con los demás! Todos somos buenos, aunque algunas veces cueste llegar a esa bondad. No juzgue a su prójimo por Ralp. A propósito, ¿quiere ser destinado a otra unidad? En la enfermería podría ser útil y...

—¡Gracias, Clara! ¡Estoy bien así! ¡Overton pensaría que le tengo miedo! ¿Se lo sugirió su padre?

—Sí.

—Dígale que el comportamiento del teniente es correcto. Tan solo he soportado alguna ironía sin importancia.

—Lo celebro por los dos.

—¿Sigue frecuentando Ralp su trato, Clara? Perdona. No debí hacer esa pregunta. Usted es dueña de...

—No es preciso que se justifique —le interrumpió la joven—. Sí. Algunas noches viene a tomar el té con nosotros, jamás hemos hablado de usted, Lou. ¿Era eso lo que le preocupaba?

No. No era eso sino algo más íntimo, más profundo, que empezaba a florecer en el alma de Witman. Calló, encendiendo un cigarrillo con pulso poco firme, sin conseguir disimular su turbación.

—Debo irme Clara. Pronto tocarán silencio y nadie debe andar por el campamento salvo los que estén de servicio. ¿Me dirá lo que averigüe?

—Sí. Vendré a verle aquí con frecuencia, si no le molesto.

—¡Molestarme usted...!

Ella le había tendido la mano y Lou la estrechó entre las suyas, en el afán de transmitirle un inmenso mensaje de gratitud.

Sin poder dominarse, llevó la diestra de la joven a sus labios

para retirarse después precipitadamente, reprochándose su actitud.

—¿Hasta mañana, Lou?

Se volvió. Había dulzura en la pregunta.

—Sí, Clara. Hasta mañana.

La noche era más hermosa para Witman. La luna daba a los contornos del campamento un relieve pleno de belleza...

CAPÍTULO V

Lou volvió a leer la nota anónima que Braddock acababa de entregarle, sin atreverse a creer lo que sus ojos veían.

«Alan Hopper tiene antecedentes criminales en los ficheros de la Metropolitana de Nueva York. Estuvo procesado en dos ocasiones y cumplió un año de cárcel por robo. El quitó la anilla de la bomba de mano al entregársela a Witman para que muriera, en unión de Braddock y James Ryman que se bailaban a su lado. Formó parte del simulado ejército enemigo en las últimas maniobras y utilizó proyectiles auténticos con el afán de matarles. Volverá a intentarlo porque para eso le pagan».

—¿Quién te la entregó, Harry?

—Nadie. Se hallaba debajo de la almohada, en mi cama. Como verás, no lleva firma.

—Ya lo advertí. La letra es idéntica a la del otro anónimo.

—¿Otro anónimo? —inquirió en voz baja Jim Ryman—. ¿Dónde está?

Witman titubeó.

—Le perdí —repuso—, pero en él se me indicaba que alguien pretendía asesinarme. Yo, Braddock, creo que lo que nos dicen en esa nota es cierto. He pensado mucho y solo Hopper pudo hacerlo. Se arriesgó no preparándose una coartada en la certeza de tener éxito.

Lou miró a la gran nave. La mayor parte de los hombres se hallaban ya en los petates. Unos dormidos; otros fumando. Algunos jugaban a los naipes utilizando como mesa una colchoneta.

—Podemos hablar tranquilamente. Nadie nos oye —repuso Harry—. Yo estoy de acuerdo con Jim. Falta saber tu criterio. Hopper acaba su guardia a las doce en punto. Tiene que atravesar una zona oscura y puede encontrarse con nosotros.

—¿Para qué? —inquirió Whitman.

Braddock sonrió enigmático.

—Para tener un rato de conversación con él. Nada serio, aunque procuraré que lo parezca. Su incidente con Charles Dalban revela que es un hombre a quién no le importa matar.

—¿Cómo lo sabes? Tú aún no te habías incorporado.

—Se lo conté yo, Lou. Sólo un asesino se lanza con tal fiereza contra un hombre sin armas. ¿Vendrás?

Witman inclinó la cabeza, pensativo.

—No lo sé. Mi situación es muy complicada para enredarme en la agresión a un compañero sin otras pruebas que un anónimo.

—No es preciso que intervengas. Quiero que estés presente y que él te vea.

—De acuerdo, Harry.

Una corneta alzó en la noche con un toque prolongado, interminable. El cabo George Curtis entró en la nave.

—Vamos, muchachos. Dentro de cinco minutos no quiero ver a nadie en pie. Vosotros, basta ya de naipes.

—Terminamos ahora mismo.

Un cuarto de hora más tarde, el silencio era absoluto. Los hombres dormían llenando con sus ronquidos el amplio barracón.

Lou evocó a Clara Mortimer, la dulce mujer que había despertado en su corazón una ternura para él desconocida. Le parecía sentir aún en sus labios la fina piel de su mano.

Quiso desechar su recuerdo, sin conseguirlo. Para él la vida fue siempre un cúmulo de trabajo y de estudios que le impidió tener amigos, gozar de la compañía de una muchacha, perder el tiempo en deporte o distracciones.

Clara era como un sueño hecho realidad. ¡Un sueño! Sí. Solamente eso. Algo inasequible.

Witman veía a su izquierda la punta roja del cigarrillo que fumaba Jim. Estaba seguro de que Braddock tampoco dormía.

No dudaba de que todos los sucesos de que fue protagonista desde la noche del 10 de agosto a su despertar en la enfermería del

Campamento de la 7.^a División, tuvieron como único objeto culparle del siniestro del edificio de la avenida Madison y de la muerte de John Saxon. Quien fuera el autor de tales delitos se hallaba relacionado con la quiebra que produjo a Reginal Overton una pérdida de un millón doscientos mil dólares.

Lou ignoraba la existencia de aquel negocio hasta que su jefe le pidió que reconstruyera la contabilidad. No sabía quiénes eran los miembros del Consejo de Administración ni tampoco los nombres del gerente y de los empleados de máxima confianza.

No encontró ni una sola carpeta de correspondencia. Tampoco el libro de actas. Sólo apuntes de contabilidad, documentos bancarios y facturas. Y todo ello fragmentario, incompleto.

Era una quiebra fraudulenta. Una estafa. ¿Cometida por quién? Para impedir que él llegara a la verdad destruyeron la oficina. ¿Por qué esperaron tanto? Sin duda no le creyeron capaz de poner orden en aquel caos contable. Cuando se convencieron de lo contrario entonces...

—¿Me oyes, Lou?

La voz de James Ryman era un susurro apenas perceptible.

—Sí, Jim. ¿Qué quieres?

—Quédate. Harry y yo nos las entenderemos con él.

—Iré con vosotros. Tal vez nos dé la clave de todo, Aunque no lo espero.

—¿Por qué?

—Se negará a hablar. ¡Y no podremos obligarle!

—¡Quién sabe!

La enigmática respuesta hizo fruncir el ceño a Witman.

—¡No permitiré que...!

—Deja hacer a Braddock. En definitiva, él asume la responsabilidad. Si piensas interponerte, mejor será que no vengas. Ni él ni yo estamos dispuestos a que nos cacen como a conejos en cualquier ejercicio de tiro.

—Es a mí a quién buscan, Jim.

—Yo sufrí el rasponazo de bala. El anónimo habla de los tres. La iniciativa es de Harry. A él le enviaron el mensaje.

—Es posible que tengas razón.

Callaron. Conforme más se esforzaba en recordar lo ocurrido en los tres días en blanco de su pasado, mayor era el sentimiento de ira

que le dominaba.

¿Por qué no buscar la verdad allí donde pudiera encontrarse, sin reparar en los medios?

Transcurrió el tiempo, interminable para los deseos de los que se hallaban en vela, tensos los nervios.

Braddock fue el primero en sentarse en el camastro y, tomando las botas en su mano derecha, dirigirse hacia la puerta del barracón, con gran cautela.

Jim y Lou, que también se habían acostado sin desnudarse, le imitaron.

Ya en el exterior, los tres hombres anduvieron unos metros, hasta situarse en una zona de sombra. Allí se calzaron.

—Bien —dijo Harry—. Obedecedme y no tendremos problemas.

No esperó una respuesta afirmativa, pues apenas dichas tales palabras caminó con rapidez, siempre al amparo de las grandes naves que circundaban el campamento.

Se detuvieron debajo de unos árboles, muy cerca del parque en el que Witman sostuvo su diálogo con Clara Mortimer.

—Hopper es aquel que pasea a unos cien metros de nosotros. Faltan cinco minutos para que le releven. Después...

La frase incompleta no auguraba nada bueno para el tejano. Lou crispó los puños.

Esperaron en silencio observando como un soldado se acercaba a Alan y este, luego de cambiar unas palabras con su compañero, se dirigía hacia su barracón para lo que le era forzoso pasar a escasa distancia de donde Harry, Jim y Lou le esperaban.

—¡Déjame hacer a mí, Witman! ¡Quédate dónde estás!

Era una orden dada por un hombre acostumbrado a hacerse obedecer. Lou advirtió entonces que Braddock llevaba al cinto el machete de reglamento y se dijo si no había sido un loco mezclándose en aquella aventura. Ya era tarde para rectificar. La voz de Harry casi le sobresaltó:

—Hola, Hopper. ¿Llevas mucha prisa?

El tejano se detuvo, asombrado de ver allí a Braddock y a Jim.

—Tengo sueño. ¿Qué hacéis?

—Esperarte, Alan. Quisiéramos hablar contigo.

—Mañana. Mejor será que os quitéis de en medio antes de que os sorprendan los centinelas.

Hopper hizo ademán de continuar la marcha, pero Harry se lo impidió de una forma contundente. Su puño derecho le golpeó como una maza en la mandíbula, derribándole.

—¡Maldito cobarde!

Alan hizo ademán de incorporarse, pero un puntapié en el pecho se lo impidió.

El tejano, viendo muy cerca de su cara una de las botas de Braddock, dijo:

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué es lo que pretendes?

—Poca cosa, pero vas a decírmela. ¡De eso no tengas duda! ¿Quién es el que te paga por eliminar a Lou Witman?

—¡Es absurda tu acusación! Yo...

Hopper no pudo continuar hablando. Un golpe en la boca se la llenó de sangre, impidiéndole continuar.

Repuesto ya de su asombro, consiguió incorporarse a medias, pero su formidable puntapié en las costillas le hizo encorvarse y gemir, quedando de rodillas de cara a sus enemigos.

De pronto, saltó hacia atrás, rodando, y pudo erguirse por completo. Jim intuyó que el tejano no iba a hacerles frente sino que solo pretendía huir y extendió su pierna derecha en el momento que iniciaba la carrera, derribándole de nuevo.

Una y otra vez, implacable, Harry le pegó con dureza en la cara, en el pecho, en el estómago. Después, desenfundando el machete, se inclinó sobre el que, medio inconsciente por la brutal paliza, gemía en el suelo.

—¡Si gritas te degüello! Sé cómo hay que tratar a los bichos como tú. Ponle de pie, Jim, sujétale por la espalda para que no escape. Aún tenemos que suavizarle un poco para que se le suelte la lengua. Va a decirnos hasta el quinto apellido de su padre, si es que le conoce. ¿Hablarás?

El muchacho, pálido, pero decidido, hizo lo que Braddock le indicaba. Alan masculló escupiéndole un diente entre un salivazo de sangre:

—¿Por qué no me lo pregunta Lou? ¿Qué os va a vosotros en esto?

—Aquí me tienes, Hopper. Yo te lo pregunto. ¿Quién te ordenó que me asesinaras?

Los ojos del tejano se abrieron mucho más. Witman supo que

estaba aterrorizado y dijo despectivo:

—¡Es una gallina, Harry! ¡Quítale de en medio de una vez! Nadie sabrá quién lo ha hecho.

—Todo a su tiempo, Lou. Todo a su tiempo. Antes quiero convertirle en una piltrafa.

Los puños de Braddock se hundieron en el estómago del que, sujeto por la espalda por Jim, no podía retroceder. Por otra parte se hallaba muy asustado para pensar en defenderse.

—¡Dejadme! ¡No tenéis derecho a...!

De nuevo, el puño de Harry se aplastó contra los labios del que hablaba, reventándoselos.

Witman, sintiendo náuseas, se apartó del grupo volviendo a sumirse en las sombras. Le repugnaba el castigo pese a estimar que era el único camino para someter a un individuo como el tejano.

Hasta él llegaban los mazazos de Braddock y los gemidos del que, impotente, sabiéndose a merced de sus enemigos, masculló:

—¡Dejadme! ¡Os diré lo que sea!

—¡Vas a mentirnos!

Implacable, Harry pegó en la mandíbula a su víctima con el mango del machete. Eran unos golpes terribles, que sonaban lúgubremente en la noche. Alan, a punto de esvanecerse, imploró:

—¡No más! ¡Por favor!

—¿Quién es el que te manda?

Jim, sabiendo vencido a su enemigo, le soltó los brazos, situándose ante él a tiempo de ver cómo el acero que Braddock esgrimía se acercaba a la garganta de Hopper.

—¿Me respetaréis la vida?

—Sí. ¡Habla de una cochina vez!

—Recibo órdenes en el campamento de...

Un disparo atronó la noche.

Harry y Jim se arrojaron al suelo. Sólo Witman, que se bailaba junto a los árboles, permaneció en pie y pudo ver cómo el tejano se doblaba trágicamente.

Indiferente al peligro, con el afán de saber, saltó hacia adelante inclinándose sobre Alan en cuyo rostro, amoratado y cubierto de sangre, se dibujaba una mueca de dolor.

—¡Dinos el nombre! ¡Él te ha asesinado!

Los labios tumefactos de Hopper parecieron moverse, pero de su

boca no brotó palabra alguna. Incluyó la cabeza, trágicamente. ¡Había muerto!

—¡Vámonos de aquí o será tarde!

Como Witman continuara inmóvil, Braddock le asió del brazo, arrastrándole consigo.

Lou comprendió. Si les encontraban cerca del cadáver podían considerarse perdidos.

Los tres hombres corrieron, con la noche en el alma, mientras se escuchaban pasos a sus espaldas.

Ya junto a la nave que les servía de dormitorio, se volvieron. Varias sombras se acercaban al lugar del que acababan de huir.

—¡Descalcémonos! Confiemos en que nadie se haya despertado. El tiro no debió de oírse dentro. También veremos si falta alguno.

Segundos más tarde; se desnudaban con rapidez, introduciéndose entre las sábanas.

Sus corazones latían precipitados. ¡Estaban a salvo, al menos por el momento!

Dejaron transcurrir los minutos, con la mirada fija en el acceso al barracón. Nadie entraba. De fuera no llegaba ningún ruido.

Harry, sigiloso, recorrió la amplia nave. Sólo un catre estaba vacío: el de Alan Hopper.

Volvió a acostarse, a la derecha de Witman, musitando:

—¡Ni una palabra a nadie! ¿Entendido?

Lou y Jim asintieron con el gesto, en silencio.

Para Witman la muerte del tejano no fue estéril. Ahora tenía la certeza de que alguien intentaba asesinarle, tal vez porque no tuvo éxito la encerrona de Nueva York.

—Tú sabes el motivo, Lou. ¿Por qué no te confías a mí? Es posible que pueda ayudarte. Nadie, excepto Jim, nos oirá. Nuestras camas están algo separadas de las demás.

El joven vaciló unos segundos. Su duda fue breve.

—Sí. Creo que es lo mejor —se decidió—. Todo empezó una noche cuando yo trabajaba en...

Al terminar, hubo comentarios. No eran precisos. James Ryan y Braddock adivinaron sin esfuerzo por qué alguien deseaba que Lou muriese.

—Un millón doscientos mil dólares es mucho dinero —dijo Harry—. Mañana decidiremos qué es lo que nos conviene hacer. Me

gustaría averiguar dónde estaba Ralp Overton cuando se produjo el disparo.

—¡No es posible que sea un asesino!

—Tal vez no. De todas formas me gustaría saberlo.

Sin más palabras, Braddock volvió la espalda a Witman como si se dispusiera a dormir.

Jim permanecía boca arriba, pensativo.

—Has debido de pasar horas horribles, Lou.

—No terminaron aún. Lo de esta noche...

—Harry sabrá lo que más nos conviene a los tres. Él estaba en lo cierto dando crédito a ese anónimo. ¿Quién pudo escribirlo? ¿Alguno de los que nos rodean?

Tal pregunta se la había formulado ya Witman sin acertar a darse una respuesta satisfactoria.

¿Qué peligros le amenazaban?

Después del asesinato de Hopper se supo más lejos que nunca de Clara Mortimer.

No debió de haber acompañado a Braddock. Se reprochó el pensamiento, por egoísta. A nadie más que a él le interesaba demostrar su inocencia. Sí. Hizo bien en ir. Era su deber. Y su deber sería también el afrontar la máxima responsabilidad de los hechos acaecidos aunque ello significase la prisión y quién sabe si la muerte.

Lucharía contra sus invisibles enemigos, contra los que estaban haciendo de su vida un infierno de temores, de inquietudes, de angustias, contra los que le llevaron, sin desearlo, a enrolarse en el Ejército, en calidad de voluntario, a abandonar sus estudios cuando solo media docena de asignaturas del último curso le separaban de la meta de tantos esfuerzos: el título de licenciado en Medicina.

Fueron muchas horas barajando tales ideas hasta que, insensiblemente, se quedó dormido...

CAPITULO VI

—¿Y Harry?

Jim, a quién iba dirigida la pregunta, repuso en tono quedo.

—Salió hace unos minutos advirtiéndome que te recordara que no dijeras ni una palabra de lo sucedido anoche.

—¿Quién es él para...? ¿Dónde fue?

—A ver al coronel. ¡No malogres su esfuerzo por orgullo, Lou! Le prometí en tu nombre que callaríamos.

James Ryman no obtuvo respuesta. En el barracón, todos estaban terminando de vestirse, no sin antes chapuzar sus rostros en los lavabos adosados a las paredes y que recibía el agua de un depósito situado en el techo.

Eran escasas las bromas que se cruzaban. La mayor parte de los miembros de la 4ª Compañía de Marina estaban siempre de pésimo humor al tocar diana.

Cuando Charles Dalban, después del desayuno, pasó lista, no fue nombrado Alan Hopper, en lo que nadie reparó salvo algunos de sus amigos, que no tuvieron tiempo de preguntar por él porque, inmediatamente, partieron para la zona de instrucción provistos de lanzallamas y bazookas, las dos armas con las que menos se habían ejercitado hasta entonces.

Witman advirtió que el suboficial pasó también la tira de cartulina con el nombre de Harry Braddock.

¿Qué estaba ocurriendo en el despacho de Nicholas Mortimer?

Tuvo que olvidarse de todo. De nuevo volvía a emplearse fuego real. El objetivo, dos tanques fuera de uso, aptos para el desguace, y una serie de ramas de árboles colocadas junto a una trinchera.

Los proyectiles de los bazookas taladraron una y otra vez los carros blindados mientras los lanzallamas abrasaban los ramajes, que simulaban ser enemigos.

Jim Ryman obtuvo la máxima puntuación en ambos ejercicios.

El muchacho tenía una precisión admirable con las terribles armas.

Avances por pelotones, defensa personal, teórica...

Como era costumbre, rendidos, emprendieron el regreso al campamento para dirigirse al comedor. Junto a una de las mesas, en pie, se hallaba Braddock, con el que se reunieron sus amigos.

—¿Qué tal, Harry? —inquirió Lou.

—Admirablemente.

La pregunta y la respuesta, nada significaban para quienes las escucharon, pero los rostros de Witman y de James Ryman se distendieron.

Más tarde, en uno de los extremos de la cantina, ante tres copas de coñac, Braddock les informó:

—El coronel ha enviado a la Metropolitana de Nueva York mis declaraciones. No se mostró sorprendido. Dijo que imaginaba algo semejante. Tenía sobre la mesa una ficha de Alan Hopper. Esta tarde, a las seis, quiere que vayas a su despacho, Lou, rogándome te anticipa que no hay ningún cargo contra ti ni espera que lo haya en lo sucesivo. Se mostró seco, pero sin hostilidad. Se ve que este asunto le gusta muy poco. Hopper carece de familia. No es preciso comunicar a nadie su muerte. Creo que la pesadilla ha terminado, en parte, para ti.

—¿En parte? ¿Qué quieres decir?

—La amenaza de tus enemigos sigue siendo más peligrosa que la que pueda representar la ley. Quizá haya otros asesinos emboscados en el campamento...

* * *

—A sus; órdenes, mi coronel. Se presenta el soldado Lewis Witman.

Nicholas Mortimer contempló en silencio al que permanecía en rígida postura ante él.

—Descanse —le dijo—. Voy a ser breve. Habida cuenta de los hechos y previa consulta con Washington, me es posible anular su alistamiento en el ejército, que se realizó en circunstancias anormales.

Lou se mordió los labios.

—¿Cómo debo entenderlo, señor? ¿Se me expulsa?

—Me expresé mal. Es potestativo de usted quedarse o marcharse. Si opta por lo primero no podrá licenciarse hasta que la guerra termine. En el segundo de los casos podrá terminar su carrera utilizando los cinco mil dólares que se guardan en la caja fuerte de la Compañía. Reginald Overton asegura que usted los empleará mejor que él.

—¡No los quiero! Perdone, mi coronel. Quizá el señor Overton y la Metropolitana crean en mi inocencia, pero eso no me basta. ¡Necesito saber el nombre del culpable!

—Ellos también, Witman. No les gusta que un asesinato quede impune. Sin embargo, ese asunto no es de su incumbencia. Usted debe decidir si continúa en el ejército o vuelve a la vida civil.

—¿Qué me aconseja, señor?

Mortimer esbozó una mueca que quiso ser un gesto amable.

—¿Sabe guardar un secreto?

—Sí, mi coronel.

—Pasado mañana embarcaremos rumbo a Europa. Dentro de quince, de veinte días a lo sumo, entraremos en acción. ¡Y nosotros somos fuerzas de choque! La muerte será nuestra inseparable compañera. Dispone de tiempo para pensarlo.

Lou no esperaba que se le ofreciera semejante posibilidad. La idea de volver al Banco, a soportar las ironías de Percy Herbert; de agotarse por las noches: de cara a los libros de texto; de sentirse de nuevo solo, en un ambiente hostil y miserable le decidió:

—¿Qué cuesta el entrenamiento de un infante de marina, señor?

—Trescientos dólares, en curso intensivo, como el que ha realizado.

Witman sonrió...

—No debemos derrochar el dinero del gobierno, mi coronel. Además, es la Patria la que se encuentra en peligro. Un médico más o menos carece de importancia en Nueva York. Terminaré la carrera a mi regreso, una vez que hayamos aplastado al enemigo.

Brillaron los ojos de Nicholas Mortimer.

—¡Bravo, muchacho! ¡No me equivoqué al juzgarte! ¡Eres todo un hombre! Te conviene, además, que pase el tiempo. A tu regreso todo se habrá resuelto y el asesino de John Saxon habrá ido a tostarse a la silla eléctrica. No creo que te importe lucir unos galones de cabo. Te propondré ahora mismo para el ascenso.

El coronel le había tuteado, olvidándose de la rigidez del trato que dispensaba a quienes estaban a sus órdenes.

—Gracias, señor. ¿No tiene nada que decirme respecto a la visita de Braddock?

—Nada en absoluto a no ser que él es un gran amigo tuyo.

—Lo sé, mi coronel.

—Puedes retirarte. ¡Ah! Sigue el pasillo a la derecha y entra por la segunda puerta. Alguien te espera.

Mortimer se sentó, dando por terminada la entrevista, no sin responder al saludo de Lou que, feliz y aturdido por el agradable curso de los sucesos, abandonó el despacho.

Al penetrar en la habitación indicada por el coronel, Clara Mortimer se adelantó a recibirle.

—Pase, Lou. Le esperaba. ¿Quiere tomar una taza de café?

Witman, cohibido, repuso:

—¿Es correcto en un soldado con la hija del jefe del campamento?

—Si él lo autoriza, sí. Vamos. Olvídense del uniforme y siéntese. He querido ser la primera en darle la enhorabuena...

* * *

—¡Atención, muchachos! ¡Hay permiso para todos! ¡Los camiones nos trasladarán a Filadelfia dentro de una hora para traernos a las diez de la noche! Podemos pasar el día completo en la ciudad.

George Curtis, con un puñado de volantes, comenzó a distribuirlos entre los que le rodeaban. Como Witman no se aproximaba, le gritó:

—También tengo uno para ti, Lou.

—Gracias. No lo necesito. Pienso quedarme.

Fue inútil que Jim y Braddock insistieran. Witman se mantuvo irreductible...

—Divertíos vosotros. Prefiero descansar.

—De todas formas guárdate el papel por si cambias de opinión.

Lou, de mala, gana accedió:

—No cambiaré. Trae.

—Nos quedamos contigo —dijo Jim—. ¿No es verdad, Harry?

Da lo mismo emborracharse en la cantina que en cualquier tugurio de Filadelfia.

—Vosotros os marcháis, como habíais pensado —repuso Witman con firmeza—. No quiero aguar a nadie la fiesta.

—Pero...

—Está dicho. Cuida bien de él, Braddock. Es capaz de meterse un lío de faldas.

James se sonrojó.

—¡No necesito niñeras! ¡Quédate aquí si quieres y abúrrete como una ostra! ¿Vamos, Harry? Debemos aprovechar el día.

—Hasta pronto, Lou. Creo que haces mal en no acompañarnos y...

—Me aburren los sermones.

—Adiós.

Pronto quedó solo Witman en el barracón, no saliendo de él hasta no sentir que los camiones se alejaban entre una algarabía de gritos y de bromas a los veteranos a cuyo cargo quedaba la vigilancia del campamento.

Pensativo, se sentó sobre una caja de madera, permaneciendo inmóvil largo rato hasta que el ruido de un claxon le sobresaltó, sacándole de su abstracción.

Miró frente a él. Clara, en un «Rambler» descapotable, le sonreía.

—¿Está enfermo, Lou?

—No. No lo estoy.

—Me dijo Charles Dalban que se había negado a ir con los demás a Filadelfia. ¿Por qué no me acompaña? Dos solitarios buscan mutuo consuelo. Podemos pasar la mañana en la playa, comer en cualquier restaurante sobre las olas y después regresar a Filadelfia. Conozco un rincón precioso en Lewes, en la Bahía Delaware. Coja su pantalón de deportes y anímese. ¿Le doy miedo?

El gesto cordial de la muchacha contrastaba con el tono burlón de sus palabras.

Witman, feliz íntimamente, penetró en el barracón regresando a poco con una prenda en la mano que tiró en la parte posterior del vehículo.

—Usted manda, Clara.

—¿De veras?

La mujer, con la mano en el contacto del salpicadero del coche, se detuvo para mirar a Lou.

—Sí, pero sin que sirva de precedente —quiso bromear él.

—Entonces, llámame de tú. Todos los de mi edad lo hacen.

—¿No se escandalizarán...? Bueno. Como quieras.

—¿Qué ibas a decir cuando te interrumpiste?

—Un absurdo.

Pensaba en el coronel Mortimer y en el teniente Ralph Overton.

Guardaron silencio mientras el vehículo, a través de una carretera de segundo orden, buscaba la general a Filadelfia para, una vez en ella desviarse de nuevo en dirección al mar.

Con el transcurso del tiempo, Witman iba sintiéndose dueño de sí mismo, olvidando lo que no fuera la brisa acariciándole las mejillas, la deliciosa compañía de Clara y la mañana plena de sol, de luminosidad.

—Nunca había disfrutado de tan maravillosa sensación de paz —dijo Lou.

—Sin embargo el mundo se sangra en una lucha suicida y pronto te encontrarás en el centro de ese infierno. ¿Te dijo mi padre lo de mañana?

—Sí. Me pidió que guardara el secreto.

—¿Por qué no volviste a la vida civil?

Él se encogió de hombros.

—Eso me preguntaba hace un rato. No lo sé. ¿Por patriotismo? ¿Por no volver de nuevo a una rutina odiosa? Lo ignoro. A veces, como ahora, siento gratitud al que forzándome a alistarme me hizo conocer amigos, un mundo distinto al de los libros de texto y contabilidad. Pienso que nada se realiza sin que intervenga la mano de la Providencia. Si ella me trajo al ejército, debo continuar. Además...

—¿Qué, Lou? Me intrigan las frases que no acabas.

—Estamos juntos tú y yo. Es más de lo que me atreví a soñar.

Había una extraña ternura en la voz de Witman. Ella, conmovida, repuso, con falso tono de jovialidad:

—Es la primera frase amable que me dices. Por favor, enciéndeme un cigarrillo.

Lou extrajo dos «Chester» de su paquete e hizo lo que la muchacha le indicaba.

Se hizo el silencio. El automóvil continuaba devorando millas.

—Cuando pasemos aquel cambio de rasante, veremos el mar. Para mí es siempre un espectáculo nuevo. Nunca me canso de mirarle. Cara a él, creo intuir lo que significa la palabra eternidad.

Había nostalgia en la frase. Witman la miró sorprendido.

—¿No eres feliz?

No obtuvo respuesta. En realidad, Clara no hubiese sabido responder con exactitud.

El Atlántico se perfilaba a lo lejos, como una interminable cinta de oro que, después, conforme se aproximaban, fue tornándose verde intenso, azul...

—Iremos a un Balneario, junto a Lewes. Si te parece alquilaremos un patín, internándonos mar adentro. Me gusta bañarme en aguas profundas, ver cómo se transparenta mi cuerpo conforme nada. ¿A ti no?

—Siempre rehuí las playas por la suciedad que vierten las mareas. Es una gran idea.

Todas las de Clara lo fueron para Witman en aquella jornada inolvidable, que le acompañaría entre los horrores de la guerra.

Así se lo dijo cuando bailaban en un «night-club» de Filadelfia.

—Nunca olvidaré estas horas. Me has devuelto la fe en la vida, haciéndome un bien inmenso. Es pena que no pueda decirte... que eres la mujer más maravillosa que he conocido.

La oprimió entre sus brazos, sin que opusiese resistencia. La música, lenta, desgranaba sus notas en los oídos de los que, muy juntos, se estaban diciendo, sin palabras, un mundo de hermosos sentimientos.

Terminada la pieza, se sentaron en torno a una mesa sobre la que había una cubeta con una botella de champaña y dos copas.

—La noche se acaba, Clara. Mañana partiremos rumbo a Europa. Es posible que muchos de nosotros no volvamos.

—¡No diga eso!

—Tal idea la que me da valor para confesarte que...

—¿Estorbo

La voz, bronca, algo destemplada, sobresaltó a Clara y a Lou, quienes al mirar frente a ellos identificaron a Ralph Overton que, en pie, sonreía burlón, con su eterno aire de superioridad.

Witman, incorporándose, repuso:

—¿Quiere una respuesta sincera, mi teniente? Sí. En este momento nos estorba a los dos.

Miró a la muchacha por si le desautorizaba, pero había inclinado la cabeza, sin mirar a los dos hombres.

—¿Sabe que eso es una impertinencia intolerable, una falta de respeto a un superior, y que puedo ordenarle que vuelva al campamento ahora mismo y se considere arrestado?

Lou, imperturbable, replicó sin que se alterara su rostro:

—¡Usted no hará eso! El ser oficial no le autoriza a interponerse en la vida privada de un soldado que se comporta correctamente y que está en compañía de una mujer. ¿Quiere ver mi permiso? Tiene su firma.

—¡Permiso denegado!

Siempre sin perder la calma, Witman volvió a hablar:

—¿Vienes conmigo, Clara? ¡Tu amigo Overton no es un hombre!

Lou, que no perdía de vista a Ralp, advirtió un movimiento ofensivo de este y sus dedos se cerraron en torno a su muñeca, inmovilizándole.

—¡Quieto, teniente! ¡Sólo los cobardes proceden como usted! ¡Me da tanto asco que será un placer perderle de vista!

Se desafiaron en silencio. La situación era insostenible. Clara, comprendiéndolo así, se incorporó:

—Te llevaré al campamento, Lou. Creo, como tú, que Ralp Overton es despreciable. Confío en no volver a verle en lo sucesivo.

Witman, soltando la presa ejercida en torno a la muñeca del oficial, depositó unos billetes sobre la mesa y abandonó el «night-club» con la muchacha.

El teniente, muy pálido, quedó inmóvil. Una terrible ira le corroía el corazón...

* * *

—Pararemos un poco, si no te importa. Conviene que hablemos. No has dicho ni una palabra desde que salimos de Filadelfia.

Clara Mortimer aparcó el coche fuera del macadan, apeándose. Witman la imitó.

—Pensaba que actué por cuenta propia. Tal vez a ti te hubiese agradado que se sentara con nosotros.

—¿Imaginas que no te lo hubiese dicho? Nunca me gustó Ralp. Es un cretino a quién todos soportan por temor a la influencia política y económica de su padre. Si tu actitud hubiese sido otra, me habrías defraudado.

—Hay mucha distancia entre él y yo.

—Sí, pero a tu favor.

—¡Clara!

Ella, irritada por vez primera, exclamó:

—¡No tengas complejo de víctima! Una vez que termines la carrera, socialmente, serás tanto como él o como yo. Y el aprobar unas asignaturas no cambia a los hombres. Me gustabas más enfrentándote a Overton que ahora sin atreverte a mirarme.

Witman, dolido por el reproche, puso sus manos sobre los hombros de la joven.

Después, sin palabras, dulcemente, la atrajo hacia sí, besándola en los labios con ternura y cariño.

Ella le devolvió la caricia, suspirando. Al separarse musitó:

—¡Lou!

—Esto es lo que iba a confesarte cuando Ralp nos interrumpió. ¡Te quiero con toda mi alma!

—Deseaba oírtelo decir.

Volvieron a besarse, con más pasión, con una mutua entrega. Un automóvil les iluminó una fracción de segundo con sus faros.

Pasearon por el campo, amorosamente enlazados, trazando planes para el futuro.

—Volvamos al coche —dijo Clara—. No debes regresar tarde y aún he de hacer una cosa.

—¿Cuál?

—Dame tu camisa y quédate solo unos minutos. Te llamaré con el claxon.

—Pero...

—¿No tienes confianza en mí?

—Sí, querida.

La besó al entregarle lo que solicitaba. Después inspiró profundamente el aire de la noche y se dijo que sus enemigos, pretendiéndole hundirle, habían contribuido a darle la felicidad.

El claxon le hizo dirigirse al automóvil. Ella, tendiéndole la prenda, le dijo:

—Póntela. Quise yo misma coser tus galones.

Conmovido, Lou repuso:

—Gracias. Con Overton de oficial no creo que me duren mucho. De todas formas, los conservaré como un recuerdo tuyo.

—Tal vez el ascenso es lo que irritó a Ralp. Papa no le pidió opinión sino que le informó de ello como cosa hecha.

Dos camiones repletos de soldados pasaban en ese momento por la carretera. Las canciones y los gritos atronaban el aire.

Clara puso una vez más en marcha el vehículo que no tardó en penetrar en el campamento deteniéndose en la puerta del domicilio del coronel Mortimer, cuya planta baja le servía de oficina.

—Bésame de nuevo, Lou. Hasta tu regreso no volveremos a estar solos.

Él lo hizo, desesperadamente.

—Volveré, Clara. No lo dudes.

—Escríbeme siempre que te sea posible. Adiós...

La muchacha, no queriendo que Witman la viese llorar, se alejó con rapidez, sin volver la cabeza, desapareciendo en el ancho portal que daba acceso a la casa.

Lou, conmovido, anduvo despacio hasta el barracón de la compañía. Faltaban cinco minutos para las diez de la noche. Cuando llegó, los camiones volcaban su carga humana.

Después de casi un mes de instrucción intensiva, los muchachos se tomaron el desquite. Los más serenos ayudaban a los demás a tumbarse en los camastros.

Apestabán a *whisky*, a tabaco.

Todos querían hablar a la vez, explicar sus aventuras, sus éxitos amorosos.

A Charles Dalban le costó imponer silencio. Una vez lo hubo conseguido se volvió a Wilman, en cuyos galones nadie había reparado:

—Enhorabuena, cabo. El coronel me pidió mi informe. Le dije que era el mejor.

—Gracias. Faltan aún muchos por incorporarse.

—Sí. Cinco camiones quedaron de escoba en Filadelfia para recoger a los rezagados.

Jim y Harry fueron de los últimos en regresar. El muchacho venía optimista, diciendo a grandes voces que el ejército era algo

admirable y que estaba deseando ver la cara a los alemanes y a los japoneses para demostrarles que no eran hombres para él.

Braddock, muy sereno, le sujetaba por el brazo, para que no cayera. Lou le ayudó a desnudarse y en un movimiento el muchacho vio los galones en la manga izquierda de su amigo.

—¡Mira, Harry! ¡Llegará a general!

—¡Cállale, Jim!

Muchos le habían oído y se acercaron, con mas o menos firmeza sobre sus piernas, para felicitarle.

Jim, ya a punto de dormirse, repetía machaconamente.

¡Llegará a general! ¡Llegará a general!

CAPÍTULO VII

Con barro hasta las rodillas, sintiendo que la tierra se agitaba como sacudida por una garra gigantesca, Witman miró en derredor. Harry Braddock, Jim Ryman y Thomas Sinclair, supervivientes de su patrulla, dormitaban, agotados, sin importarles la muerte que se cernía en torno a ellos.

Llevaban más de cinco horas en aquel embudo, entre dos líneas, sin poder avanzar ni tampoco reunirse con su unidad. Sobre el cadáver de un alemán, hundido casi por completo en el fango, se hallaba la emisora de campaña mediante la cual pudieron comunicar el emplazamiento de los nidos de ametralladoras y morteros germanos, misión para la que la patrulla fue elegida por el teniente Ralph Overton.

Ya era el quinto servicio extraordinario que en menos de dos meses se encargaba al grupo mandado por Lou. En todas las misiones murieron algunos de su patrulla, pero el plomo había respetado hasta entonces a los tres amigos inseparables.

Pensando en esto, Witman comentó en alta voz:

—Tal vez hoy se rompa la buena racha.

Harry, despertándose, inquirió:

—¿Decías?

—Nada. El fuego es cada vez más intenso. No parece que vaya a terminar nunca. Si no hay una tregua antes del amanecer tendremos que continuar aquí otro día, hasta que anochezca.

—No se está mal, después de todo. Por agua no podemos quejarnos. Ha llovido horas y horas.

—Volverá a hacerlo. El aire es húmedo. ¿No tienes hambre?

—Sí, pero no importa. Mientras la sienta es señal de que continuamos vivos.

Era el 4 de noviembre de 1943. Tomado Nápoles, el grueso de los ejércitos germanos iba replegándose hacia Roma, no sin librar

feroces batallas.

La 7.^a División de Infantería de Marina tenía como objetivo inmediato cruzar el río Garellano, que vertía sus aguas en el golfo de Gaeta, para, tendiendo puentes, dar paso a las unidades inglesas y americanas que estaban librando la dura batalla de Italia.

Los alemanes, mandados por el mariscal Kesserling, no ignoraban que la campaña era más política que militar pero no por ello dejaban de ofrecer una tenaz resistencia, con frecuentes contraataques que producían gran número de bajas a los aliados, a las órdenes del general Alexander.

El V ejército americano y el VIII británico, con el general Clark y el mariscal Montgomery al frente, después del desembarco en Salerno el 8 de setiembre, habían progresado hacia el norte no sin dejarse sus mejores hombres sobre el terreno.

El mundo entero seguía la batalla del país que por la destitución de Mussolini, el fusilamiento del Conde Ciano y el rescate del Duce del gran Sasso, polarizaba el interés de los que comenzaban a aburrirse de partes de guerra monótonamente repetidos. La península tenía el atractivo de lo novelesco. Sicilia primero y toda Italia después.

Sólo los Estados Mayores sabían que nada importante se ventilaba en la gran zona montañosa entre Roma y Nápoles. Sólo el prestigio.

Y por el prestigio se luchaba y se moría.

—¿Comunicaste que estábamos entre dos líneas, Lou?

En el rostro del cabo se dibujó una sonrisa.

—No. Únicamente transmití la información solicitada agregando que haríamos lo posible por replegarnos sin sufrir bajas. Esto fue hace cuatro horas. Supongo que Ralp Overton se estará frotando las manos, satisfecho de haberme eliminado.

—¿Sigues creyendo que él pagó a Alan Hopper?

—Sí, Braddock. Y tú también. La proximidad de la muerte aclara las ideas. Y en el frente la muerte es una compañera inseparable. Tengo la certeza absoluta de que el viejo Overton puso a su hijo de director del negocio en quiebra que investigaba. Cuando regrese a Nueva York me enteraré de si eso es demostrable. Entonces presentaré una denuncia.

—¿Le supones un asesino?

—En principio, no. El café que me dio John aquella noche tenía un extraño sabor. Nada le dije porque estaba excitado, nervioso. Sin duda le mezclaron un narcótico que me puso a merced de los hombres de Ralp. Pienso que mataron a Saxon para impedirle que hablara... No sé aún... Es posible que Reginald Overton no tuviera la suficiente fuerza para impedir que sus socios procesaran a su hijo... Son hipótesis que barajo a diario. La verdad solo puede decírmela él. ¡Y me la dirá!

En la afirmación había una amenaza que Braddock captó.

—No se te ocurrirá ningún disparate, ¿verdad? Las leyes de la guerra son terribles. ¡Es un oficial!

Vibraba la inquietud en las palabras de Braddock.

—No te preocupes. Hay tiempo para todo. A no ser que se salga antes con la suya y me asesine de forma indirecta.

—Comprendo. ¿Por qué no hablas con el coronel Mortimer?

El rostro de Lou se endureció.

—No daré a Ralp esa satisfacción. Pienso que la muerte es algo por encima de la voluntad de los humanos. Llega en su momento. Si está previsto que salga vivo de esta carnicería ni él ni nadie será capaz de impedirlo. ¿No crees? Lo siento por ti, por Jim y por todos los que han ido pasando por mi patrulla. Parece que el fuego es más continuo, como cuando se prepara un ataque.

En efecto. El bombardeo artillero habíase intensificado.

Witman, con las máximas precauciones, se asomó al borde del embudo. Las balas silbaron en sus oídos, peligrosamente. Se dejó caer de golpe mientras decía a Harry.

—Despierta a Jim y a Thomas. Nuestros cañones realizan fuego de barrera. Las primeras oleadas alemanas se lanzan al asalto. Pronto les tendremos sobre nosotros. Tal vez nos descubran.

Braddock sacudió enérgicamente por los hombros a los que dormían, informándoles con breves palabras de lo peligroso de su situación para lo que tuvo que gritarles al oído a fin de hacerse entender pues el estruendo era ensordecedor.

Los cuatro hombres se situaron en el ancho embudo, de forma que les fuera posible una eficaz defensa sin riesgo de herirse mutuamente, con los índices en los disparadores de los subfusiles.

—Si los nuestros retrasan el fuego de barrera... —pensó Lou—. Ese es el mayor riesgo.

La noche pareció rasgarse de pronto con la luz de las bengalas. Los aliados iluminaban el terreno para ametrallar a placer a los infantes alemanes.

Fue amortiguándose el tronar de los cañones escuchándose con nitidez el crepitar de las ametralladoras y subfusiles y los estallidos de los morteros.

—¡Cuidado! ¡Les tenemos encima!

La advertencia no era necesaria. Trozos de barro caían en el interior del refugio impulsados por las botas de los que la abordaban en su avance.

El corazón de Witman aceleró sus latidos. No era aquel el peor momento sino cuando se iniciase el repliegue en el supuesto de que no consiguieran su objetivo.

Transcurrieron los minutos, lentos, inacabables. Nuevas explosiones de granadas de mano, indicaron a los miembros de la patrulla de Lou que el choque iba a producirse de un momento a otro. Cesaron los disparos casi por completo.

Witman tornó a asomarse. Sus compañeros luchaban a la bayoneta con los invasores. Se estremeció. El combate cuerpo a cuerpo era de una brutalidad feroz, casi primitiva.

Como hipnotizado siguió el curso del combate.

A la luz de las bengalas divisaba hasta los más mínimos detalles de la contienda. El suelo estaba alfombrado de cadáveres, algunos en las más grotescas posturas.

Cuerpos mutilados, retorcidos, deshechos. Y junto a las trincheras, el horror.

Vio a un alemán retroceder, con un fusil clavado en el vientre, que oscilaba a cada paso... Era un oficial a juzgar por la pistola que llevaba en su mano derecha y que pretendió disparar, sin conseguirlo.

Los infantes de marina, de pie sobre los parapetos, aguantaban heroicamente la brutal embestida. Aquello duró solo unos minutos pero a Lou le parecieron siglos. Si ocupaban la trinchera los alemanes, fortificándose en ella, él y sus amigos caerían prisioneros. Tal vez muriesen al ser descubiertos.

Suspiró con alivio al ver que las primeras filas germanas retrocedían.

—¡Cuidado! —exclamó, agachándose.

Sus presentimientos se confirmaron. Dos hombres, con uniformes verdosos, se dejaron caer en el embudo. Antes de que sus pies rozaran el barro fueron acribillados por cuatro ráfagas simultáneas.

Witman se inclinó sobre los alemanes, examinándoles. Estaban muertos.

Eran dos chiquillos. Lou tuvo la certeza de que ninguno de ellos había cumplido los veinte años. Los cascos les estaban monstruosamente grandes, así como los uniformes.

No sintió compasión. La guerra le había endurecido. Los alemanes no eran hombres. Sólo enemigos.

Las bengalas fueron espaciándose. Pronto, el campo de batalla quedó sumido en la oscuridad. Se oían ráfagas o disparos aislados que también cesaron.

—Es el momento —dijo Witman—. Jim, comunica con los nuestros. Diles que nos aproximaremos arrastrándonos.

—Ahora mismo.

El joven tomó el moderno radio-teleéfono no tardando en transmitir el mensaje.

—Cuando quieras, Lou.

—Ahora mismo. Yo iré en cabeza. ¡Cuidado con los heridos alemanes!

Con los subfusiles en la diestra, reptando, los cuatro hombres se aproximaron despacio a sus propias líneas, inmovilizándose de vez en vez para escuchar.

Se oían gemidos pero no les prestaron atención. No todos los que parecían muertos lo estaban. Algunos, no pocos, agonizarían lentamente, desangrándose, sin recibir ayuda, incapaces de moverse.

Invirtieron diez minutos en alcanzar las trincheras. Al saltarlas, varios amigos les rodearon.

—Os dábamos por muertos.

—Sois unos tíos de suerte.

—¡Les zurrámos bien la badana a los *boches*!

Witman buscó con la mirada a Ralph Overton, viéndole acercarse en compañía del coronel. Se le acercó para, rígido, saludarle:

—A sus órdenes, señor. Tuvimos dos bajas. Crips y Bisell. No hay ningún herido.

—Bien, cabo. Realizó un admirable trabajo —repuso el teniente—. Le he propuesto para el ascenso. Le dará a Braddock sus galones.

—Sí, señor.

—Prepárese. Vamos a atacarles antes de que reciban refuerzos. Hágase cargo de la sección de Charles Dalban.

—¿Y el sargento? ¿Acaso...?

—Recibió un tiro en un muslo —intervino Nicholas Mortimer—. Le acaban de evacuar. Nada grave, Witman.

Lou respiró con alivio. Estimaba a Dalban tanto como llegó a aborrecerle durante el período de instrucción.

—A la orden. ¿Puedo retirarme?

La maniobra de Overton estaba clara. Se mostraba generoso con él para prepararse una coartada en el supuesto de que el coronel recibiera una queja sobre la insistencia en proponerle para las misiones de mayor peligro. Diría que su proceder estaba justificado por ser Witman el hombre de máxima confianza.

—Sí —repuso Mortimer—. Tome. Charles le regala sus galones. Dice que no va a necesitarlos por una temporada.

—Gracias, mi coronel.

Minutos más tarde, unidades del V Ejército americano se ponían en marcha. Su objetivo era cruzar el río Careliano y establecerse sólidamente para que los pontoneros pudieran realizar su labor.

Durante dos días y dos noches se luchó sin descanso, con bravura. El enemigo ni daba ni admitía cuartel. Al fin tuvo que replegarse y abrir paso a los Infantes de marina.

La batalla costó cuatrocientos muertos y más de un millar de heridos. El camino hasta Roma quedaba libre...

* * *

Clara Mortimer, en su residencia de Nueva York, como en ella era costumbre, leía una por una todas las cartas recibidas de Lou, en especial la primera de ellas.

«Me parece que estoy viviendo una pesadilla, querida. Acabamos de poner pie en Italia y aún creo verte en el muelle, diciendo adiós a tu padre con un pañuelo pero mirándome a mí. El viaje ha resultado monótono. El

transporte no reunía las mínimas comodidades. El olor de las bodegas era insoportable por lo que realicé la travesía en cubierta, siempre pensando en ti. Los submarinos enemigos no aparecieron, tal vez por la fuerte escolta de la marina de guerra.

»Las últimas horas a tu lado me hacen temer a veces que solo sea un sueño. ¡Necesito que me digas de nuevo que es una hermosa realidad, que tengo un motivo para desear vivir! Te quiero, Clara. Cuando se firme la paz terminaré mis estudios y pondré una clínica en Nueva York si eso es lo que desees, pero antes viajaremos por el mundo entero para que pueda adquirir la experiencia necesaria. No deseo ser un médico más sino el mejor para ofrecértelo todo a ti...

La muchacha dejó de leer. Sus ojos estaban velados por las lágrimas. Ella también amaba apasionadamente a Lou Witman...

CAPÍTULO VIII

La guerra en Italia había decrecido en intensidad. Otras atenciones reclamaban el interés de los aliados, no ya solo las de tipo diplomático, como las conferencias de Egipto y Teherán. Se estaban ultimando los preparativos para la invasión de Francia. Eisenhower había sido nombrado comandante en jefe del Oeste.

En Tokio los japoneses anunciaban la evacuación de las islas Tarawa y Makis, y en el frente ruso, ocupado Vitebsk, las fuerzas alemanas se replegaban. Un desembarco en Nueva Bretaña y la ocupación de la isla Log marcaba una creciente actividad en el Pacífico.

Churchill acababa de curarse de una pulmonía, merced a un nuevo medicamento llamado penicilina.

Las fuerzas de la V División en Italia se hallaban a las puertas de Ortona y presionaban hacia Pescara, de cara a la llanura de Roma. Alemania estaba herida de muerte.

La propaganda aliada mantenía informados a quienes, en número de más de diez millones de hombres, según declaración de Roosevelt, luchaban en todo el mundo bajo la bandera de los Estados Unidos. El optimismo imperaba en las fuerzas combatientes.

—¡Pronto terminará esta basura, Lou, y podremos volver a casa!

Charles Dalban, ascendido a teniente por méritos de guerra una vez que hubo curado de su herida, ofreció un cigarrillo a Witman en una de las treguas de los continuos combates en el sector de Cassino, convertido por el III Reich en una auténtica fortaleza.

—Lo estoy deseando.

—¿Para casarte con mi sobrina?

Lou miró con sobresalto al oficial.

—¿Sabe...?

—Ella me lo contó hace tiempo. También se lo dijo a su padre.

—¿Y...?

—No hay oposición. Nicholas y yo hablamos poco. Hay algo que él no me ha perdonado todavía.

Witman, tras una leve duda, inquirió:

—¿Puedo saber qué es ello?

—Sí. Pronto serás de la familia. ¿No te contó nada Clara?

—En absoluto.

—Me opuse al matrimonio de su madre con Mortimer. Ella era mi única hermana y su salud nunca fue buena. No quería que rodase de campamento en campamento hasta morir, como al fin sucedió. Se obstinaron ambos y hube de ceder. No me quedaba otro remedio. Yo, entonces, tenía una gran fortuna que perdí en unos negocios desdichados. Agoté mi crédito y mis posibilidades, sin éxito, y, harto de todo, asqueado del género humano, me enrolé en la Infantería de Marina. Nicholas, ya coronel, se las arregló para que me destinaran a su regimiento y no tardé en ascender. Estoy seguro de que mis galones de sargento se los debo al favoritismo.

—Era el mejor instructor.

—Sí. Eso es cierto. El ejército, que fue para mí, un recurso, se ha convertido en algo definitivo en mi vida. Entre Mortimer y yo hay algo que nos separa. Si mi hermana no se hubiese casado con él, aún viviría. Nicholas no ignora cuáles son mis pensamientos.

—Le estima.

—Y yo le correspondo. Sin embargo, no hay intimidad entre los dos. No puede haberla.

—Comprendo. Le agradezco su sinceridad, Charles.

—Tal vez necesitaba desahogarme con alguien.

Los dos hombres, en silencio, miraron frente a ellos. No ignoraban que el enemigo estaba sólidamente parapetado en las colinas próximas a Cassino.

—Overton es capitán desde ayer. ¿Lo sabía, Lou?

—Lo esperaba. En realidad ha sido el jefe de la compañía desde que abandonamos Filadelfia.

—Hay escasez de oficiales. Es pena que esta compañía no interese a nadie. De tratarse de otro frente ya habríamos rebasado Roma. La rendición de Italia puso virtualmente la península en nuestras manos. Tarde o temprano caerá como fruta madura. El Alto Mando considera esta zona como propia para el desgaste enemigo. Es lógico. Mañana es el primer día de 1944, el año de la

victoria, según Churchill y Roosevelt, o al menos del total derrumbamiento germano. Mussolini no cesa de clamar en desierto pidiendo desde Berlín la unidad fascista de la patria. Nadie le escucha.

—No recordaba que hoy era fin de año.

—Tendremos rancho extraordinario y *whisky*. Esas son las órdenes que el coronel ha dado a la Intendencia. Me temo que la velada sea triste. Más valiera pasar la fecha como una más, sin concederle importancia.

Pero Charles Dalban se equivocaba.

Aquella noche, los que estaban francos de servicio se olvidaron de los horrores vividos. En todos los refugios subterráneos se cantaba, se bailaba y se hacían planes para el porvenir.

Nicholas Mortimer bebió un trago en cada compañía. Muchos comprendieron entonces que estimaban sinceramente a su coronel.

Ralp Overton confraternizó también con los soldados. Al verle reír con ellos y entonar a coro algunas canciones, Lou se dijo que la guerra le había transformado también.

Le encontraba cambiado, pero no obstante, se previno al ver que se acercaba al grupo formado por él, el cabo Braddock y James Ryman.

—¿Me permitís que brinde con vosotros?

—Sí, capitán —repuso Harry, anticipándose a sus compañeros—. Tendrá que beber en la botella. No había vasos para todos.

—De acuerdo. Brindaré porque salgamos con vida de este infierno y porque sepa hacerme perdonar algunos errores.

El *whisky* corrió de boca en boca. Mientras tomaba un sorbo de licor, Witman, frunció el ceño, se preguntó si aquel hombre era o no sincero. No supo darse una respuesta.

Cuando Ra hubo abandonado el refugio, sin duda para penetrar en el contiguo, Harry dijo pensativo:

—Hay cosas que me desconciertan y lo que acaba de suceder es una de ellas. ¿Se está convirtiendo Overton en un ser humano? Vale la pena tratar de averiguarlo en su momento y...

No pudo continuar. Un horrísono estallido y una nube de polvo indicaron a los infantes de marina que un proyectil de grueso calibre había caído cerca. Desde el suelo, donde se arrojaron con rapidez, contemplaron como una de las vigas que sustentaba la

techumbre se derrumbaba con estrépito para caer sobre Thomas Sinclair, muy cerca de Witman.

Pese a que nuevas explosiones sacudían el refugio, Lou se dirigió a su camarada con el propósito de ayudarle. Al inclinarse sobre él, parpadeó con fuerza mientras se mordía los labios. El grueso madero le había triturado la parte derecha del cerebro. La masa encefálica, sucia de sangre, le asomaba al exterior.

—¿Duele, Thomas?

—No. Creo que esto me valdrá un largo permiso. Estoy algo mareado. ¿Falta mucho para el nuevo año?

—Apenas dos minutos.

—Esos cerdos de alemanes tienen un humor macabro. Es posible que pretendan amenizar la fiesta a golpe de cañón.

—Tal vez. Han ido a avisar a los sanitarios. Pronto podrás presumir de héroe entre las enfermeras.

Sinclair sonrió y Witman sintió que un nudo se estrangulaba en su garganta, impidiéndole casi respirar. Aquel muchacho estaba agonizando.

—¿Sabes, Lou? No se lo digas a nadie pero fingiré dolores inexistentes para que no me den pronto de alta. Además... ¿Te has ido?

—No. Estoy a tu lado.

—¡No te veo!

—Sin duda es que vas a desmayarte como un novato.

La mano de Thomas buscó la de su compañero, quien la estrechó con fuerza.

—¿Es... ya... otro... año?

—Sí. En este momento.

—Felicida...

No terminó la palabra. ¡Había muerto!

Witman, de rodillas sobre la tierra, sintió sus ojos húmedos y que algo cálido resbalaba por su rostro. Sólo entonces supo que estaba llorando.

Inmóvil, ausente de lo que no fuese la contemplación del cadáver, sentía una extraña congoja, un vacío inmenso en el alma mientras una pregunta se agitaba en su cerebro. ¿Por qué los hombres se mataban entre sí, absurdamente?

Al estupor sucedió la ira, una ira que le hizo ponerse en pie y

oprimir con fuerza el subfusil que se hallaba apoyado en uno de los laterales. ¡Deseaba aniquilar a quienes acabaron con Thomas Sinclair en el umbral de un nuevo año, anuncio de esperanza!

—¿Dónde vas, Lou?

El interrogado miró a Braddock. Luego, dejando el arma sobre un barril, repuso, como si despertara de un largo sueño:

—Ni yo mismo lo sé. Creo que a disparar contra la noche...

—Parece que preparan un ataque. El bombardeo es muy intenso. Los centinelas darán la alarma.

Harrry, grave el rostro, tomó una manta cubriendo el cuerpo del infortunado Sinclair.

—Tuvo razón al afirmar que disfrutaría de un largo permiso —comentó, triste la voz.

Una nueva polvareda, envolviéndoles, les hizo comprender lo precario de unos refugios excavados casi a ras de tierra, sin protección para un impacto directo.

Los hombres, pegados a las paredes, vieron como el quinqué de petróleo que pendía de uno de los maderos aun en pie, se balanceaba como un péndulo, sacudido por las continuas explosiones.

—Voy a echar un vistazo —dijo Witman, cogiendo nuevamente el subfusil.

Salíó a la trinchera. A unos cinco metros, uno de los centinelas, acodado sobre los sacos terreros, parecía inmóvil, cara al campo enemigo. A Lou le extranó su quietud y al acercarse pudo ver que estaba serio, con un casco de metralla incrustado en la garganta.

Tragó saliva mientras seguía recorriendo el sector defendido por la 4ª Compañía.

El machaqueo de la artillería alemana era incesante y en dos ocasiones hubo de tirarse a tierra para hurtar su cuerpo a la muerte. O ver ton se cruzó con él.

—¿Alguna novedad, sargento?

—Hasta ahora dos bajas.

—Ocúpese que haya una perfecta vigilancia con el mínimo de hombres. Que nadie salga de los refugios. Temo que se está preparando algo serio.

—A la orden.

—¿Dónde va?

Witman, que había herbó ademán de marcharse, se detuvo:

—A remplazar a un centinela muerto.

—Espere, Deseo decirle que...

Como Ralp callara, vacilante. Lou apremió:

—Le escucho.

—Será en otra ocasión. Puede retirarse.

A la luz de la luna, que iluminaba al oficial. Witman creyó adivinar un gesto de angustia en su rostro.

Obedeció para reunirse de nuevo con sus amigos a quienes dijo, en voz que era un susurro:

—Hupton ha caído también.

Nadie hizo comentarios. No eran precisos. La tierra continuaba estremeciéndose bajo los impactos del fuego enemigo...

* * *

La infantería germana se lanzó desesperadamente al asalto. Era indudable que los servicios de propaganda del III Reich deseaban una victoria, por pequeña que fuese, para ofrecérsela al pueblo alemán como regalo de primero de año. Tal vez habían considerado el frente italiano el más débil. Y no se equivocaban en realidad.

Durante toda la noche la artillería trituró las defensas aliadas y con las primeras luces del amanecer escuadrillas de caza y bombardeo ametrallaron a placer las trincheras para preparar el ataque que, cuando se produjo, hizo pensar a los angloamericanos que quizá no fuesen capaces de contenerle.

Se luchó bravamente por ambos bandos y al finalizar el día las posiciones continuaban intactas aunque con más del cuarenta por ciento de bajas.

El heroísmo de la 4ª Compañía y de cuantos integraban la 7.ª División, sobrepasó todos los límites. Una y otra vez, incluso a punta de bayoneta, el enemigo fue rechazado.

Con las primeras horas de la noche, y procedentes de otros sectores, llegaron refuerzos así como artillería y aviación. La Escuadra bombardeaba las costas y los cazas procedentes de Sicilia y de las bases del sur de Italia, se lanzaron a castigar duramente a los germanos, destrozando carreteras y ferrocarriles.

Pronto se supo que la ofensiva había sido abortada en embrión

al comprobarse que cesaban los movimientos de tropas enemigas.

—Mi sargento. El coronel Mortimer le ordena que se traslade inmediatamente al hospital de campaña. Deberá acompañarle el cabo Braddock.

—Gracias.

Lou se volvió a Harry.

—¿Qué querrá de nosotros?

—Lo sabremos pronto.

Informaron a Charles Dalban antes de abandonar las trincheras y por zanjas que enlazaban la retaguardia con la primera línea no tardaron en llegar ante un gran núcleo de tiendas de campaña sobre cuyas lonas se hallaban pintadas grandes cruces rojas.

Habían caminado silenciosos, sin cruzar palabra... Witman, preso de viva inquietud, se volvió a su compañero.

—Tengo miedo, Braddock. No sé por qué.

—Tranquilízate. Tal vez se trate de algún asunto relacionado con la guerra y no con lo que te obsesiona.

No había convicción en las palabras de Harry. Lou, advirtiéndolo, dijo:

—Salgamos de dudas. —Preguntó a un camillero que cruzaba frente a él—. ¿Dónde podemos encontrar al coronel Mortimer?

—Hace un momento estaba en aquella tienda —señaló una inmediata.

—Gracias.

Un olor a yodo, a alcohol y a sudor les detuvo en la entrada misma del hospital de primera línea. Vieron, al fondo, a Nicholas Mortimer, inclinado sobre una camilla, y se acercaron. Grande fue su asombro al advertir que el herido era...

—¡Capitán Overton! —exclamó Harry.

—Sí —repuso el coronel—. Se portó bravamente. Tiene dos heridas mortales en el pecho y él lo sabe. Hay una mínima esperanza de salvación. Hasta que ustedes llegaron me contó una historia que les conviene saber y que escribí. La acaba de firmar. ¿Me oye, Ralph? —El aludido, con la mirada puesta en Lou, asintió con el gesto—. Voy a dar lectura de este documento que entregaré al inspector Braddock.

—¿Inspector? —inquirió Witman con extrañeza.

—Sí. Le enviaron desde Nueva York para investigar el asesinato

de John Saxon. Tenía la certeza de que aquí, entre Overton y usted, encontraría al culpable. No se equivocó. Escuchen.

Mortimer hizo una pausa para leer después, con voz pausada:

«Yo, Ralp Overton, capitán de la 4ª Compañía, en pleno uso de mis facultades mentales y en presencia del coronel de mi regimiento, declaro:

»Que para ocultar un desfalco de la Empresa «Importaciones y Exportaciones Europeas, S. A.», de la que era director gerente, mandó incendiar el edificio de Madison avenue, esquina a la calle 110, en complicidad con las personas cuyos nombres figuran al pie de este escrito. Para ello, y con el fin de culpar a Lewis Witman, contable encargado de la investigación de la quiebra, y evitar que las sospechas se centraran sobre mí, introduje en el sobre con el que mi padre pensaba gratificar, dicho empleado la suma de cinco mil dólares. Soborné al vigilante nocturno, haciéndole mezclar un narcótico en el café que Witman acostumbraba a tomar todas las noches y me hice el enconradizo con él a la puerta de la oficina para cerciorarme de que John Saxon había cumplido su parte en el trabajo por lo que obtuvo quinientos dólares. Para probar mi coartada me hice acompañar de Clara Mortimer, aprovechando que se hallaba en casa de mi padre. No contábamos con que el sereno nocturno, al darse cuenta de que su complicidad había tenido como consecuencia un acto delictivo como incendiar el edificio destinado a su custodia, nos amenazara con denunciar el hecho a las autoridades. Ordené a mis cómplices que le presionaran hasta tener la certeza de que callaría, pero estos le mataron. Juro ante Dios que no proyecté el asesinato aunque me considero responsable directo de él».

Nicholas Mortimer hizo una pausa. Lou estaba mortalmente pálido. Braddock sonreía. ¡Al fin su sacrificio obtenía el éxito deseado!

«Los mismos hombres que después mataron a Saxon se apoderaron de Lewis Witman, inyectándole morfina y narcotizándole tantas veces como fue preciso, haciéndole recorrer los tugurios de Nueva York. El propósito era crear en su mente un completo confusionismo impidiendo que sus recuerdos fueran concretos. En tal estado de semiinconsciencia se le hizo alistarse en

el ejército en unión de Alan Hopper, uno de los malhechores a sueldo y cuya misión era la de vigilarle. Mi padre, Reginald Overton, me previno en el sentido de que sus socios en el negocio en quiebra le apremiaban para que se investigase a fondo el fraude y proceder contra el culpable. Una y otra vez me preguntó si tenía algo que ver con ello. Yo negué. Al indicarme que le constaba que Witman estaba a punto de demostrar la verdad con documentos contables, me dispuse a actuar. No me fue posible destruir toda la documentación cuando el juzgado procedió al precinto de las oficinas. No ignoraba que un experto podría, con mucho esfuerzo, pidiendo duplicados de facturas y extractos bancarios, averiguar la verdad de lo que, por mi parte, no fue sino una gran estafa. ¿En qué invertí ese dinero? Las apuestas en las carreras de caballos eran un pozo sin fondo».

Nuevo silencio, esta vez más prolongado que el anterior. Ralph Overton miraba como fascinado a Witman, cuyo rostro se había endurecido.

«Yo era un inútil, uno de los muchos «intocables» de todas las sociedades europeas. Había llegado demasiado lejos para retroceder y al convencerme de que mis planes para acusar a Lewis fracasaban, que no era detenido, comprendí que nada mejor que eliminarle para impedir que en su deseo de quedar libre de sospechas constituyera un serio peligro. Mi padre se negó a presentar denuncia alguna contra su empleado, al que estimaba y deseaba proteger. Me escribió también en el sentido de que la Metropolitana seguía investigando el caso. Odiaba a Lewis Witman porque él era lo que yo nunca conseguiría ser: un hombre auténtico. Me lo pusieron como ejemplo en más de una ocasión. Era fácil un accidente y preparé con Hopper lo de la bomba de mano que Braddock hizo fracasar. Después repitió el atentado disparando con fuego real cuando todos utilizaban balas de fogueo, también sin éxito. Sorprendí a Alan Hopper a punto de denunciarme y le disparé por la espalda, asustado, sin darme cuenta de que me convertía en un asesino. Me fue fácil esconderme en el pabellón de oficiales».

Como Nicholas Mortimer se detuviera, Witman le preguntó, ronca la voz:

—¿Eso es todo?

—Queda lo más importante, al menos para mí.

El coronel volvió a leer, más despacio. Se le notaba conmovido.

«Me enrolé en el ejército por dar a mi padre una satisfacción y también para alejarme de Nueva York, creyendo huir así de mi pasado. Había hecho un curso intensivo en West Point. Nunca creí encontrar a Witman en mi regimiento por suponerle detenido acusado de incendio y asesinato. La prueba de su culpabilidad eran los cinco mil dólares que no podría justificar pues mi padre negaría haberle entregado esa suma. Al principio seguí considerándome un hombre superior por mi apellido. La influencia política y económica de mi familia es grande. Clara Mortimer y el propio Witman me dieron una dura lección en el «night-club» de Filadelfia. Era solo un hombre. Y con el peso de terribles delitos sobre mi conciencia. La guerra me hizo reflexionar. En las primeras semanas elegí a Lewis para todas las misiones peligrosas de las que regresó siempre. Supe entonces que la Providencia le protegía.

«Empecé a reflexionar sobre lo que me rodeaba —prosiguió el coronel —y por ver primera sentí asco de mí mismo. No quiero justificarme en esta declaración. Íntimamente deseaba ser amigo de mis soldados, saldar de alguna forma mi deuda con Witman y con la sociedad. En la trinchera, horas antes del asalto, estuve a punto de decirle toda la verdad. No lo hice por timidez. Busqué el sitio de mayor peligro y encontré la solución a mis problemas. Pido perdón a mi padre y a Lewis Witman. ¡Qué Dios se apiade de mí!»

El silencio fue tan intenso que pareció adquirir sonoridad propia. Todas las miradas se posaron en el moribundo por cuyos labios se deslizaba un hilo de sangre.

—Tiene atravesado un pulmón y una bala junto a una arteria. Carecemos de medios para atenderle y es seguro que si se le mueve morirá. Sólo queda esperar. Sospechaba algo semejante a lo que he leído, sobre todo después de mi conversación con Braddock cuando me informó del asesinato de Alan Hopper. Por eso le dije la verdad: que iba a morir. Conforme iba escribiendo tenía el temor de que expirase antes de firmar la declaración. Por fortuna no ha sido así. ¿Qué piensa, Witman?

—Hay algo que no entiendo, coronel. ¿Quién envió los dos anónimos?

—Yo —repuso Braddock, con una sonrisa—. En el primero solo deseaba que vivieses alerta, mantenerte en constante vigilancia. Con

el segundo justificar el duro interrogatorio a Hopper sin descubrir mi verdadera identidad. De no haberle sorprendido Overton allí habría terminado el caso. ¿Cómo llegó tan oportuno?

La pregunta iba dirigida al moribundo que, muy despacio, entrecortadamente, repuso:

—Sabía que Alan estaba de guardia y esperé a su relevo para hablar con él, proyectando un nuevo atentado. ¡Qué loco fui!

—Comprendo —dijo Harry—. Aquella noche, Lou, te pedí que me contaras la historia para poder darme por enterado de lo que ya sabía. El coronel coincidió conmigo al ir a verle. Overton era el culpable, pero resultaba imposible probarlo. Proyectó cogerle en el momento de intentar algo contra ti. Confiaba en que muerto su cómplice, actuase por cuenta propia. Por eso me convertí en tu sombra.

—¡Veo que he sido un muñeco en manos de todos! —exclamó Witman.

Era un reproche a Braddock que él captó.

—Traía al campamento orden de detenerte y me convertí en un soldado —fue la lacónica respuesta—. Mi coronel, ¿no se puede hacer nada?

Señaló a Overton. Nicholas Mortimer movió la cabeza en un gesto elocuente.

—Por ahora, no. Si supera esta crisis y la hemorragia pulmonar cesa, quizá se pueda intentar extraerle la bala que le roza el corazón. En cualquier momento puede producirse el desenlace.

—¿Me perdonas, Lou?

La súplica, apenas perceptible, hizo que las miradas se polarizaran en el moribundo y en Witman, el cual, luego de una breve vacilación, repuso:

—Sí. Aún sin saberlo me hizo bien evitándome que me convirtiera en un resentido, con complejo de víctima. Me apena su padre, Ralp.

—Procuraremos dar al asunto la menor publicidad —intervino Harry—. No obstante será imposible silenciarlo por completo.

—¿Aviso al médico, Overton?

—No, coronel. Blier no debe perder el tiempo conmigo. Tiene que atender a aquellos que pueden salvarse. Además, ya lo dijo claramente. No hay remedio. No se entristezca, Mortimer. En Nueva

York me aguardaba la silla eléctrica o, en el mejor de los casos, treinta años de cárcel. Mis errores son tan grandes que únicamente puedo pagarlos con la vida.

—¿Cómo siendo el gerente del negocio su padre dudaba de su culpabilidad?

Era Braddock el que interrogaba. Ralp, con un gesto de amargura, repuso:

—Papá me consideró siempre un niño. Estaba seguro de que cualquiera podía robarme sin que yo lo advirtiese. Creo, además, que se aferraba a esa esperanza. Después de la quiebra, durante meses, intentó convencer a sus socios de que escaparon bien con tan pequeña pérdida. El, que era el más perjudicado, renunciaba a investigar las causas. Los otros no se lo permitieron. Quiso también reintegrarles su dinero. No obtuvo éxito. Los que integraban el consejo de administración eran hombres de presa y deseaban llegar hasta el fin. Designó a un hombre solo, sin prestarle la menor ayuda. Quizá eligió a Witman pensando que apenas se viera sin vigilancia de jefes se dedicaría fundamentalmente a sus estudios.

—Sucedió lo contrario —repuso Lou—. Aquello era un reto a mi capacidad profesional.

—Lo sé. John Saxon me informaba. Mi padre puso en mis manos uno de los negocios más bonitos y lo utilicé en provecho propio. El jefe de contabilidad que elegí, y mi secretario fueron mis cómplices más directos. Yo...

El esfuerzo agotó al moribundo, cuya respiración era cada vez más agitada.

Nicholas Mortimer miró al inspector de la Metropolitana, el cabo Harry Braddock, indicándole sin palabras que cesara de hacer preguntas al herido, cuya vida se estaba extinguiendo. Obtuvo una muda señal de asentimiento.

—Yo les elegí por su falta de escrúpulos... Papá quiso dejarme carta blanca... Era la única vez que no sentía junto a mí su tutela. Ni una sola vez me pidió detalles limitándose a dar por buenos los informes que trimestralmente elevaba al consejo de administración. Los demás, por respeto al apellido Overton, se mantenían también alejados de toda acción fiscalizadora... Coronel...

—Di, Ralp.

—Le niego nuevamente, pida a mi padre que me perdone... Lou

ya lo ha hecho y eso me consuela.

—Él también lo haría de hallarse entre nosotros. Serénate y no hables más. Te perjudica.

—Lo mismo da... Noto cómo una garra me oprime el pecho. Terminaré asfixiándome... A los muchachos dígales que son los mejores soldados del mundo, que de ellos he aprendido abnegación y heroísmo...

—Yo, personalmente, me encargaré de que lo sepan.

El capitán Overton cerró los ojos unos segundos para abrirlos de nuevo y fijarlos, alternativamente, en los que le rodeaban.

—Deseo morir... solo... Que me entierren en un cementerio de campaña... Es mi última voluntad...

—Así se hará, Ralp.

—Quisiera estrechar tu mano, Lou... ¿Te importa?

Witman, conmovido, rozó con sus dedos la diestra del hombre que quiso arruinar para siempre su vida y por el que en aquellos momentos experimentaba una profunda compasión.

Después, sin una palabra, abandonó la gran tienda de campaña del hospital de vanguardia, deteniéndose en el exterior. Braddock no tardó en reunírsele.

—¿Me perdonas, Lou, que te ocultara mi verdadera personalidad? Hasta que no aprendí a estimarte, sospechaba de ti. Las pruebas eran abrumadoras. Después... En varias ocasiones mis jefes me aconsejaron que regresara a Nueva York. Con métodos normales, deteniendo a los sospechosos, se averiguaría del mismo modo la verdad. Me negué a hacerlo en la certeza de que la influencia de los Overton terminaría aplastándote. Ibas a ser la parte más débil. Me costó trabajo resistir tantas presiones, en especial la de mi esposa.

—¿Eres casado, Harry?

—Sí. Y tengo tres chiquillos preciosos. Naturalmente, Lou, yo no vine voluntario al ejército. Nada me obliga a continuar aquí una vez resuelto el enigma. Lo mío puede llamarse comisión de servicio.

Witman comprendió de golpe lo mucho que debía a Braddock.

Pensó en la angustia de la mujer, esperando noticias de su marido; su ansiedad ante la idea de que los niños quedaran huérfanos, como estuvo a punto de suceder en no pocas ocasiones. Imaginó también la tremenda nostalgia de Harry al evocar a los

suyos.

—Quisiera que supieses... —balbució—. Estoy aturdido, avergonzado... No sé qué decirte...

Los ojos de Lou brillantes, húmedos de emoción. Braddock, advirtiéndolo, puso su diestra sobre el hombro de su amigo.

—Ya es suficiente —dijo—. Al menos para mí. Vuelve con los demás y cuéntale a Jim la verdad. ¡Es un gran amigo! Voy a enviar el documento firmado por Overton a Nueva York, no sin antes sacar una copia en la oficina del coronel para prevenir un posible extravío.

—De acuerdo.

Witman abrazó a Harry quién, al separarse, conmovido, quiso bromear:

—No aprietes tanto otra vez, Lou. He sentido crujirme las costillas.

El joven se apartó con brusquedad del miembro de la Metropolitana, avergonzado al notar que no podía contener las lágrimas.

Conforme se acercaba a primera línea, al escuchar varios disparos, sintió miedo, y pálido, sudoroso, se detuvo en un recodo, encogiéndose. ¡No quería morir cuando, por vez primera en interminables meses, era libre! Hasta entonces se consideró como un prisionero en la inmensa celda de los campos de Italia.

Le costó rehacerse. Si en aquel momento el coronel Mortimer le hubiese repetido la pregunta que le hizo en su despacho, sobre su libertad para permanecer en el ejército o no, la respuesta solo habría sido una.

Se reprochó su egoísmo. De nuevo, el silencio era absoluto.

Miró en derredor. Los campos, dorados por el sol de la mañana, inspiraban una hermosa sensación de paz.

Muy a lo lejos, sobre una alta colina, se adivinaba más que se veía Cassino, la pintoresca población italiana convertida por los alemanes en formidable fortaleza.

Pensó en Clara. ¡Qué gran alegría iba a llevarse cuando supiera la verdad!

Recostado uno de los laterales de la zanja que enlazaba los parapetos con la retaguardia, sintiendo la tibia caricia del sol, Lou se dejó envolver por una sensación de felicidad desconocida para él

hasta entonces. Imaginó su futuro junto a la mujer que amaba y pensó también en la dicha de unos hijos, carne y sangre del amor.

Mecánicamente, encendió un cigarrillo, deseando prolongar su soledad, sus sueños.

Evocó el inmediato pasado sin rencor hacia nadie. Tampoco a Ralph Overton. Su perdón fue sincero, como el arrepentimiento del que no supo usar de los innumerables dones que le ofrecía la vida.

Erguido, pues la profundidad de las trincheras de cobertura era grande, anduvo un centenar de metros.

Se detuvo de pronto, en seco, al ver a un grupo de hombres rodeando a un soldado que se hallaba tendido en el suelo y al que no le era posible ver la cara.

—¿Quién es? —inquirió.

Varios se apartaron al oírle y entonces...

—¡Jim! ¡Jim!

El muchacho había recibido un balazo en la frente, entre los dos ojos.

Estaba muerto...

CAPÍTULO IX

«Hoy hace cinco meses que murió Jim. Mentiría si no te confesara que me siento terriblemente solo. Braddock marchó a Nueva York. Nunca le pagaré el bien que me ha hecho. Fue precisa una orden del comisario jefe de la Metropolitana para hacerle obedecer. Aunque adora a su esposa y a sus hijos, tenía conciencia de que su deber estaba aquí, en las trincheras, cara al enemigo, en defensa de la civilización.

»La guerra parece inacabable. Desde que cruzamos el Garellano en noviembre del año pasado hasta el 21 de enero apenas si hicimos otra cosa que una guerra primitiva, sin alardes tácticos, con golpes de mano que carecían de eficacia de cara al futuro de Italia.

»La toma de Cassino y el nuevo desembarco aliado en la costa del mar Tirreno, en la región de Neptuno-Anzio, a retaguardia de las tropas germanas y a menos de cincuenta kilómetros de Roma, marcó de nuevo el comienzo de las hostilidades. Imagino que sabrás por los periódicos cuál fue la reacción alemana, pero ellos no habrán informado de lo cerca que estuvimos de un completo desastre. A no haber sido por la protección de la Escuadra ¿abríamos perecido todos.

«No quiero impresionarte con detalles. ¡Nunca pensé que tanto horror se pudiera desencadenar en unas horas! La censura militar prohíbe hablar de bajas. Esta carta te la envío en la valija oficial de tu padre y por eso no soy tan prudente como en mis anteriores. De los que salimos del campamento de Filadelfia de la 4.^a Compañía, solo quedamos vivos once hombres y de ellos dos mutilados. Tengo la certeza absoluta de que es a ti a quién debo

hallarme entre los que aún respiran. No temas. Dios seguirá protegiéndome.

«Estamos ya tan cerca de Roma que es posible que cuando recibas mis noticias, la hayamos tomado. Se rumorea que apenas eso suceda, los supervivientes de la 7.^a División seremos relevados. Se habla también de tres meses de permiso. No quiero soñar pero si sucede, Clara, no nos separaremos ni un minuto. Quizá jamás. El poderío alemán se derrumba. No podrán resistir mucho tiempo.

«Tu tío Charles, que se hizo cargo de la compañía a la muerte del desdichado Ralph Overton, acaba de ser ascendido a capitán. Se espera de un momento a otro que tu padre reciba su primera estrella de general. Somos tan pocos los supervivientes que estos honores nos caen encima como premio a seguir respirando. ¡Pobre Jim, que no puede disfrutarlos! A mí me han convertido de golpe y porrazo en oficial. Mentiría si te dijese que no me siento feliz por ello.

»A veces dan miedo tantos mimos de la Providencia. Pienso que todo se me puede arrebatar de golpe.

»Hoy, cuando he empezado a escribirte, me encontraba nervioso, triste. Pero ya pasó. Tu recuerdo obra siempre en mí el milagro de la alegría.

»En tu última carta me hablabas de la insistencia de Reginald Overton para que acepte los cinco mil dólares. Tus razones me han convencido. Si él piensa que con eso repara parte del daño que su hijo me hizo, no los rechazaré más. No sé si decírtelo. Lo voy a hacer. Ese dinero puede permitirnos casarnos apenas me den permiso. Aprovecharé los tres meses para aprobar las asignaturas que me faltan. Bueno. Los tres meses no. Robaremos unos días para nuestra luna de miel. ¿Qué te parece? Contéstame con plena sinceridad. Quizá debiéramos esperar a que la guerra terminase. ¡Soy tan egoísta de, tu cariño!

»Hablé la otra tarde con tu padre. ¿Sabes que le llaman «cara de palo» los muchachos? Sin embargo, cualquiera se dejaría matar por él. Yo el primero. Creo que me estima de veras. Hasta me atrevería a decir que me quiere.

¡Ah! Tu tío Charles frecuenta mucho su trato. No me

equivoco al afirmar que la barrera de amargos recuerdos que les separaba ha sido superada.

«Como verás, todas son buenas noticias. Espero que en mi próxima recibas la mejor: el anuncio de mi regreso.

«Te echo tanto de menos, que a veces me sorprende pensando en ti, con los puños apretados, con un profundo dolor en el alma porque estás lejos. Me consuela la idea de saberte unida a mí, a pesar de la distancia, por los invisibles y eternos lazos del amor.

«Ya voy a terminar. Estoy en el puesto de mando, solo. Son las once de la noche. Lejos, truenan el cañón. Nuestras baterías están destrozando los últimos núcleos de resistencia enemiga. Espero que lo de Roma sea un paseo militar. Sabemos que los alemanes están fortificándose muy al norte en la línea formada por Liorna, Florencia y Ravenna, en los Apeninos Septentrionales. Quizá haya que sacarlos de allí a punta de bayoneta.

«Esperaré con ansiedad tus noticias. Esta es la carta más larga que te he escrito. Y la más importante. Ya podemos hacer planes para el futuro y soñar despiertos. ¿No te parece?

«Estoy cansado, pero me resisto a dejar la pluma. Además, me costará dormirme. No sé si Braddock te habrá visitado ya. Si él no lo ha hecho, atribúyelo a exceso de trabajo. Ve tú a verle. Te repito que todo se lo debemos a su ayuda. También a la de tu padre. Llévalas a los niños unos juguetes. Pienso que algún día, no muy lejano, podamos tener nuestros propios hijos, algo muy nuestro.

»¡Cuántas más cosas te diría! Italia es un país maravilloso. Quizás con el transcurso del tiempo, podamos visitarla juntos, cuando se hayan borrado las huellas de la guerra.

»Hasta siempre. Clara. Vuelvo a repetirte que te quiero y... Muchos besos de tu, Lou.

Harry tendió la carta a la muchacha mientras decía:

—Es el mejor hombre que he conocido. Gracias por la confianza al permitirme que la lea.

—La recibí ayer. ¿Otra copa?

—Sí. Al menos me servirá de pretexto para prolongar mi visita. Son las siete de la tarde y a las ocho he de hallarme en Jefatura. Perdona que no haya venido antes a verte. Mi mujer espera otro bebé y se encuentra algo molesta. Me ha dicho que te invitara a pasar con nosotros el próximo domingo. ¿Vengo a buscarte?

Clara Mortimer sirvió Whisky al inspector de la Metropolitana.

—¡Claro que sí! ¿Qué juguetes prefieren tus hijos?

—No es necesario que...

—Lo voy a hacer de todas maneras. Debes orientarme.

—Bueno... Verás... A los chicos cañones, tanques, aviones... Los dos me creen un héroe. La niña siente predilección por las muñecas.

Bebió el licor de un sorbo, incorporándose. Ella, imitándole, dijo:

—No hago por retenerte aunque me gustaría que me contases cosas de Lou y tuyas.

—Tiempo tendremos. ¿A las doce es buena hora?

—Perfecta. Ayudaré a tu mujer a preparar la comida.

—¿Qué vas a contestar a Lou sobre vuestra boda?

—Sólo un SI muy grande. Lo deseo, al menos, tanto como él.

—Hazlo pronto. En el frente, conviene que algo nos ligue a la vida, cuanto más fuerte mejor.

—Estaba terminando de escribirle. Saldré a echar la carta dentro de unos minutos. Pienso añadirle tu visita y que pasaré el domingo con vosotros tomando nota de cómo debe comportarse un ama de casa y una madre de familia.

Clara y Harry se estrecharon la mano con afecto...

EPILOGO

La ciudad de Nueva York recibió clamorosamente a sus héroes, a los que pusieron pie en Roma el 4 de junio de 1944, consiguiendo una victoria psicológica de incalculables consecuencias para el futuro.

Bandas de música... Banderas desplegadas... Mujeres y niños que se abrazan a los soldados, llorando de felicidad... Vítores...

Era el lado bello de la guerra. ¿Quién se acordaba del barro de las trincheras, de la muerte de los mejores, de las escenas de pesadilla, de los millares de mutilados, de los que quedaron para siempre en tierra extraña?

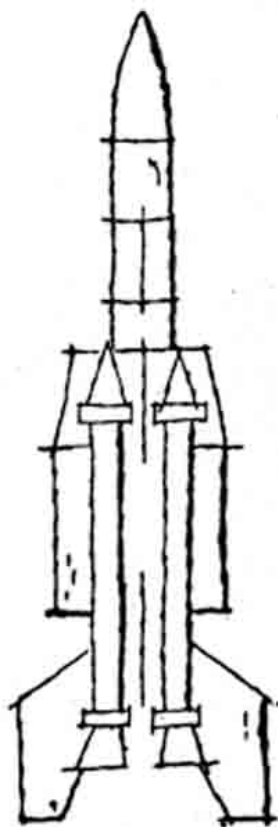
Lou y Clara no fueron una excepción. El pasado se borró para ellos al fundirse en un abrazo...

Un mundo nuevo se abría esperanzador en sus vidas jóvenes...

FIN

Los cohetes

WIM DANNAU



Los actuales cohetes son un anticipo del mundo futuro: niños mimados, de la técnica, armas poderosas, vehículos ultrarrápidos, naves del espacio, con ellos toman cuerpo los más audaces sueños del hombre.

La clara y sintética exposición del presente volumen constituye el primer testimonio de la Era que acaba de empezar.

Aquí están todos los modelos de cohetes que hoy se conocen, desde el proyectil antitanque al coloso que pone en órbita un satélite artificial.

Un catálogo que mañana servirá a la historia.

**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.





COMO OPERA EL F. B. I.

Todos tenemos una idea de qué es y cómo opera la más eficaz organización creada contra el imperio del crimen.

Ahora bien, ¿corresponde nuestra idea a la realidad? ¿No será ésta más emocionante todavía que la ficción?

En estas páginas están los hechos auténticos.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

LOS GANGSTERS



ROBERT S. ROWLAND

Lucky Luciano, el "amo" indiscutible; Frank Costello, cuyos "negocios" producían miles de millones; Al Capone, el gran organizador del hampa. Tres de los muchos nombres que jalonan la alucinante historia del gangsterismo.

Desde las primeras maniobras de la "mafia" en tierra americana, hasta las actuales infiltraciones en el sindicalismo, pasando por los rugientes años de la ley seca, he aquí el cuadro completo del "racket" y sus siniestras figuras. Un panorama aleccionador cuya contemplación suspende el ánimo.

MARABU ZAS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptes. • Impreso en España • Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*